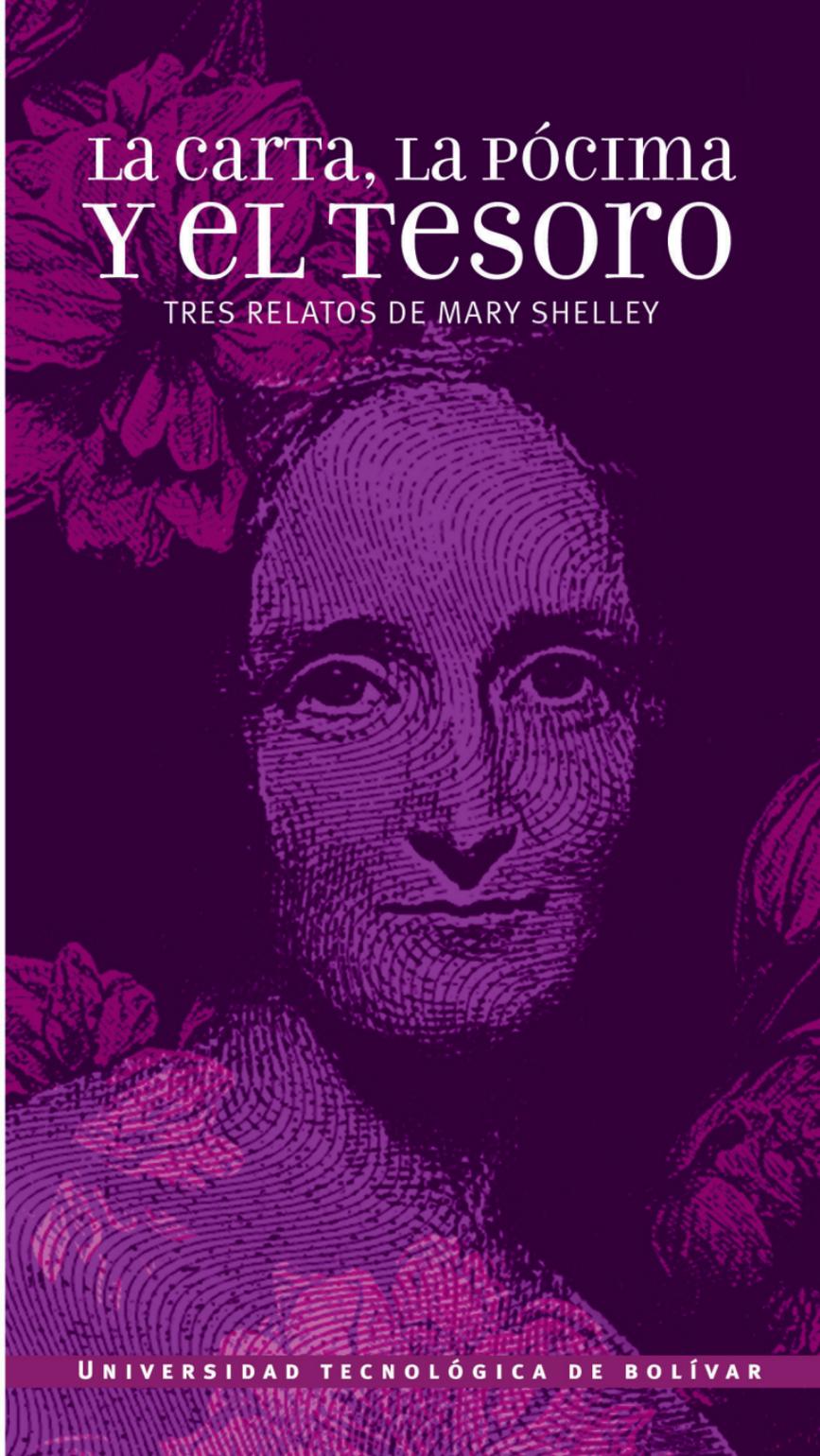




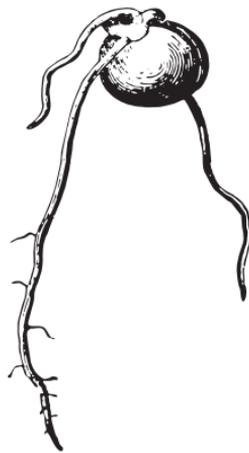
COLECCIÓN SEMILLA

La carta, La Pócima Y EL TESORO

TRES RELATOS DE MARY SHELLEY



UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR





COLECCIÓN
SEMILLA

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR

Shelley, Mary. La carta, la pócima y el tesoro: tres relatos de Mary Shelley/Mary Shelley; traductores Marta Salís, Carmen Virgili, Elías Sarhan; Coordinación editorial: Ingrid Silva Arroyo; selección y prólogo: Rafael Cantillo Castillo; editores: Julián Navarro González, Graciela Franco Martínez, Katleen Marún Uparela, Federico Ochoa Escobar, Lissette Urquijo Burgos; ilustraciones Geraldín Acevedo. -- Cartagena de Indias: Universidad Tecnológica de Bolívar, 2024.

88 páginas: ilustraciones. -- (Colección Semilla; no. 8)

ISBN: 978-628-7562-26-4 (papel)

ISBN: 978-628-7562-27-1 (digital)

1. Literatura inglesa 2. Cuentos ingleses 3. Amor en la literatura 4. Soledad 5. Muerte en la literatura 6. Inmortalidad 7. Terror en la literatura 8. Alquimia I. Shelley, Mary II. Salís, Marta III. Virgili, Carmen IV. Sarhan, Elías V. Cantillo Castillo, Rafael VI. Acevedo, Geraldín

823

S545

CDD23

© La carta, la pócima y el tesoro. Tres relatos de Mary Shelley

© Mary Shelley

© Carmen Virgili, por la traducción de El mortal inmortal

© Marta Salís, por la traducción de La prueba de amor

© Elías Sarhan, por la traducción de La transformación

© Universidad Tecnológica de Bolívar

COMITÉ EDITORIAL

Julián Navarro González

Ingrid Silva Arroyo

Rafael Cantillo Castillo

Graciela Franco Martínez

Cielo Puello Sarabia

Lissette Urquijo Burgos

Katleen Marún Uparela

Federico Ochoa Escobar

COLECCIÓN SEMILLA

Semilla #8 La carta, la pócima y el tesoro. Tres relatos de Mary Shelley

©Ediciones UTB, 2024

Prólogo

Rafael Cantillo Castillo

Ilustraciones

Geraldín Acevedo

Diagramación

Jaxir Díaz Salcedo

ISBN: 978-628-7562-26-4 (papel)

ISBN: 978-628-7562-27-1 (digital)

Ediciones UTB

Campus Tecnológico

Parque Industrial Carlos Vélez Pombo

Cartagena de Indias - Colombia

www.utb.edu.co



Universidad
Tecnológica
de Bolívar
EDITORIAL UTB

©Todos los derechos reservados.

Este libro es de distribución gratuita y no está destinado a la venta.

La reproducción parcial o total de esta obra por distintos medios queda prohibida, salvo autorización de los editores de la presente versión.

RECTOR

Alberto Roa Varelo

VICERRECTOR ACADÉMICO

Andrés Guillermo Marrugo Hernández

VICERRECTORA ADMINISTRATIVA Y FINANCIERA

María del Rosario Gutiérrez de Piñeres

DECANO CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Julián Navarro González

DECANO ESCUELA DE NEGOCIOS

Jorge Luis Del Río Cortina

**DECANA INSTITUTO DE ESTUDIOS EN DESARROLLO,
ECONOMÍA Y SOSTENIBILIDAD - IDEEAS**

Tania Jiménez Castilla

DECANA INGENIERÍAS

Sonia Helena Contreras Ortiz

DECANA CIENCIAS BÁSICAS

Lenny Alexandra Romero Pérez

DECANO EDUCACIÓN

William Arellano Cartagena

DECANA DERECHO

Giannina Guerrero Arrieta

DECANO ARQUITECTURA

Alberto José Herrera Díaz

COORDINADORA DE HUMANIDADES

Ingrid Silva Arroyo

COORDINADOR EDITORIAL UTB

Juan Gabriel Leiva de Oro

La carta, La Pócima
Y EL TESORO

TRES RELATOS DE MARY SHELLEY



12

PRÓLOGO

LA ETERNIDAD, LA MUERTE, EL AMOR Y LA SOLEDAD

17

La prueba de amor

MARY SHELLEY | TRADUCCIÓN: MARTA SALÍS

39

EL mortal inmortal

MARY SHELLEY | TRADUCCIÓN: CARMEN VIRGILI

61

La transformación

MARY SHELLEY | TRADUCCIÓN: ELÍAS SARHAN

La eternidad, la muerte, el amor y la soledad

POR: RAFAEL CANTILLO CASTILLO*

**Escritor cartagenero. Magíster en Escritura Creativa, profesional en lingüística y literatura de la Universidad de Cartagena; músico y librero. Autor del libro Los Gaiteros Salvajes y otros cuentos (Cerosquema, 2021). Profesor de escritura en la Universidad Tecnológica de Bolívar.*

En el instante en que un libro se publica, este comienza a crecer. Como las raíces de un árbol, y también como sus ramas, el libro se expande, se retuerce, envejece, da frutos, se pudre, renace, duerme, y así. La tendencia de un libro a abrirse, quizás hacia el infinito, como la del árbol, es inherente a él. En el instante en que se publica una primera palabra, esta deja de ser de quien la pensó y pasa a *estar* libre. El libro se recreará una y otra vez en cada uno de sus lectores.

Crear, al estilo en que se crean las novelas, los cuentos y los mundos, es entender, de una forma muy simple, el concepto de libertad. Ser libre debe ser la condición de lo creado. *Dejar ser*, por otro lado, debe ser la premisa inicial del creador. Cualquier argumento en contra es una afrenta grave, la génesis de una traición. Muchos escritores y escritoras llegan más o menos a esta resolución a la hora de reflexionar acerca del inevitable oficio de crear.

En la obra de Mary Shelley (1797-1851), quizás la escritora más importante del siglo XIX, se puede rastrear esa preocupación. Gran parte de sus textos se ocupan de la relación que hay entre el creador y la creación; la sesgada libertad que concede el creador sobre su creación, y la necesidad de acabar con ella. Shelley renueva un arquetipo común en casi todas las mitologías: el de los dioses que crean seres vivos (u obras) para luego exterminarlos por una u otra razón; por celos, por malformados, por inteligentes, por cualquier cosa. Esta preocupación de Shelley es también una preocupación humana sempiterna, la de la doble (y casi exclusiva) condición de existir como hombre o mujer: ser creación y creador(res) a la vez.

Frankenstein (1818) es, por mucho, el libro más conocido de la autora. Y no podía ser de otra forma, ya que este título

propone una nueva manera de escribir novelas, e inaugura un nuevo género literario: el de la ciencia ficción. *El moderno Prometeo*, como se subtitula, es un ejercicio doble de creación, el de la novela, por un lado, y el del género, por el otro. La capacidad de creación de Shelley era inagotable.

Sin embargo, como ocurre algunas veces con genios de la literatura y de cualquier otro tipo, gran parte de la obra de estos (y de la importancia intrínseca de esta), se desconoce. Es un poco el caso de Mary Shelley. Si bien el libro *Frankenstein* es todo un ícono en la literatura y también en la cultura popular, las indagaciones y la magnitud de la obra de la novelista son aún desconocidas por el público en general. En este volumen, que se convierte en una línea nueva de la senda invisible de lo infinito que puede ser la obra de Shelley, se encuentran tres relatos donde se evidencian las grandes preocupaciones literarias y existenciales de la autora, la indagación sobre esa relación creador-creación y todo lo que se desprende de ella: la eternidad, la muerte, el amor y la soledad.

En el trepidante relato *La prueba de amor* (1834), el amor es la solución y el origen de todos los problemas, la soledad es una de las más sensatas respuestas. En *El mortal inmortal* (1833), la vida y la muerte se ven turbadas por la ciencia y la magia, la soledad nuevamente vuelve a ser protagonista. Y en *La transformación* (1830), el pasado del protagonista transforma toda la realidad, creando una nueva forma de ver y sentir las cosas al punto del horror y, al mismo tiempo, la belleza. Estos tres relatos son posteriores, y muy distantes de la obra que catapultó a la fama a Mary Shelley; todos ellos gozan de la madurez de la autora ya sabedora de la magia que carga su pluma y de lo profundo que puede calar cada cosa dicha. Son relatos que, sin embargo, ya no le pertenecen más

a su creadora, sino que empiezan a pertenecer y a ser parte de quienes los dejen crecer en sus ojos u oídos una y otra vez, como semillas. Son libres.

¿Por qué Mary Shelley en la Colección Semilla?

Cada palabra escrita por la autora sería razón suficiente para explicar el porqué, sin embargo, se mencionan aquí otras razones puntuales. La primera de ellas es su **propuesta literaria innovadora**: Shelley contribuyó significativamente como pionera de varios géneros literarios (ciencia ficción, terror, horror). La segunda razón se encuentra en su incansable **exploración de temas universales**: sus obras exploran la naturaleza del ser humano, la responsabilidad moral, la ambición desmedida, la soledad, el conocimiento y la búsqueda de la identidad. La tercera razón está en la oportunidad, como lectores, de conocer e interpretar el **contexto histórico y cultural** donde vivió la autora: ofrece una visión fascinante del siglo XIX, incluyendo, obviamente, las preocupaciones científicas, sociales y filosóficas. Además de esto, su vida misma, marcada por tragedias y desafíos, se convierte en una capa de interés adicional. La cuarta razón está en el **impacto cultural duradero que genera su obra**: la historia y los personajes creados por Shelley han tenido gran repercusión en el cine, la televisión, el teatro, la misma literatura y otras formas de arte. Así las cosas, leer su obra original, como la que se ofrece en el volumen número 8 de la Colección Semilla, permite comprender el gran legado de la escritora británica y su importante influencia en todos los ámbitos de la cultura. Las razones por las que leer a Mary Shelley, sin duda, son infinitas.



La PRUEBA DE amor

Mary Shelley | Traducción: Marta Salís

Después de conseguir el permiso de la priora para salir unas horas, Angeline, interna en el convento de Santa Anna, en la pequeña ciudad lombarda de Este, se puso en camino para hacer una visita. La joven vestía con sencillez y buen gusto; su faziola le cubría la cabeza y los hombros, y bajo ella brillaban sus grandes ojos negros, extraordinariamente hermosos. Quizá no fuera una belleza perfecta; pero su rostro era afable, noble y franco; y tenía una profusión de cabellos negros y sedosos, y una tez blanca y delicada, a pesar de ser morena. Su expresión era inteligente y reflexiva; parecía estar en paz consigo misma, y era ostensible que se sentía profundamente interesada, y a menudo feliz, con los pensamientos que ocupaban su imaginación. Era de humilde cuna: su padre había sido el administrador del conde Moncenigo, un noble veneciano; y su madre había criado a la única hija de éste. Los dos habían muerto, dejándola en una situación relativamente desahogada; y Angeline era un trofeo que buscaban conquistar todos los jóvenes que, sin ser

nobles, gozaban de buena posición; pero ella vivía retirada en el convento y no alentaba a ninguno.

Llevaba muchos meses sin abandonar sus muros; y sintió algo parecido al miedo cuando se encontró en medio del camino que salía de la ciudad y ascendía por las colinas Euganei hasta Villa Moncenigo, su lugar de destino. Conocía cada palmo del camino. La condesa Moncenigo había muerto al dar a luz a su segundo hijo y, desde entonces, la madre de Angeline había residido en la villa. La familia estaba formada por el conde, que, salvo algunas semanas de otoño, estaba siempre en Venecia, y sus dos hijos. Ludovico, el primogénito, había sido enviado en edad temprana a Padua para recibir una buena educación; y en la villa solo vivía Faustina, cinco años menor que Angeline.

18

Faustina era la criatura más adorable del mundo: a diferencia de los italianos, tenía los ojos azules y risueños, la tez luminosa y los cabellos color caoba; su figura ágil, esbelta y nada angulosa recordaba a una sílfide; era muy bonita, vivaz y obstinada, y tenía un encanto irresistible que empujaba a todos a ceder alegremente ante ella. Angeline parecía su hermana mayor: se ocupaba de ella y le consentía todos los caprichos; una palabra o una sonrisa de Faustina lo podían todo. «La quiero demasiado —decía a veces—, pero soportaría cualquier cosa antes que ver una lágrima en sus ojos». Era propio de Angeline no expresar sus sentimientos; los guardaba en su interior, donde crecían hasta convertirse en pasiones. Pero unos excelentes principios y la devoción más sincera impedían que la joven se viera dominada por ellas.

Angeline se había quedado huérfana tres años antes, cuando había muerto su madre, y Faustina y ella se habían trasladado al convento de Santa Anna, en la ciudad de Este; pero un año

más tarde, Faustina, que entonces tenía quince años, había sido enviada a completar su educación a un famoso convento de Venecia, cuyas aristocráticas puertas estaban cerradas a su humilde compañera. Ahora, a los diecisiete años, después de finalizar sus estudios, había vuelto a casa; y se disponía a pasar los meses de septiembre y octubre en Villa Moncenigo con su padre. Los dos habían llegado aquella misma noche, y Angeline había salido del convento para ver y abrazar a su amiga del alma.

Había algo muy maternal en los sentimientos de Angeline; cinco años es una diferencia considerable entre los diez y los quince años, y muy grande entre los diecisiete y los veintidós.

«Mi querida niña —pensaba Angeline, mientras iba andando—, debe haber crecido mucho e imagino que estará más hermosa que nunca. ¡Qué ganas tengo de verla, con su dulce y pícara sonrisa! Me gustaría saber si ha encontrado a alguien que la mimara tanto como yo en su convento veneciano... alguien que asumiera la responsabilidad de sus faltas y que le consintiera sus caprichos. ¡Ah, aquellos días no volverán! Ahora estará pensando en el matrimonio... Me pregunto si habrá sentido algo parecido al amor —suspiró—. Pronto lo sabré... estoy segura de que me lo contará todo. Ojalá pudiera abrirle mi corazón... detesto tanto secreto y tanto misterio; pero he de cumplir mi promesa, y dentro de un mes habrá acabado todo... dentro de un mes conoceré mi destino. ¡Dentro de un mes! ¿Lo veré a él entonces? ¿Volveré a verlo algún día? Pero será mejor que olvide todo eso y piense únicamente en Faustina... ¡mi dulce y entrañable Faustina!»

Angeline subía lentamente la colina cuando oyó que alguien la llamaba; y en la terraza que dominaba el camino, apoyada en la balaustrada, se hallaba la querida destinataria

de sus pensamientos, la bonita Faustina, la pequeña hada... en la flor de la vida, sonriendo de felicidad. Angeline sintió un cariño aún mayor por ella.

No tardaron en abrazarse; Faustina reía con ojos chispeantes, y empezó a contarle todo lo sucedido en aquellos dos años, y se mostró obstinada e infantil, aunque tan encantadora y cariñosa como siempre. Angeline la escuchó con alegría, contemplando extasiada y en silencio los hoyuelos de sus mejillas, el brillo de sus ojos y la gracia de sus ademanes. No habría tenido tiempo de contarle su historia aunque hubiese querido, Faustina hablaba tan deprisa...

—¿Sabes, Angelinetta mía —exclamó—, que me casaré este invierno?

—Y ¿quién será tu señor esposo?

—Todavía no lo sé; pero lo encontraré en el próximo carnaval. Debe ser muy noble y muy rico, dice papá; y yo digo que debe ser muy joven, tener buen carácter y dejarme hacer lo que yo quiera, como siempre has hecho tú, querida Angeline.

Finalmente, Angeline se levantó para despedirse. A Faustina no le agradó que se marchara —quería que pasara la noche con ella—, y señaló que enviaría a alguien al convento para conseguir permiso de la priora. Pero Angeline, sabiendo que esto era imposible, estaba decidida a irse y convenció a su amiga de que la dejara partir. Al día siguiente, Faustina visitaría personalmente el convento para ver a sus antiguas amistades, y Angeline podría regresar con ella por la noche si lo permitía la priora. Una vez discutido este plan, las dos jóvenes se separaron con un abrazo; y, mientras bajaba con paso ligero, Angeline levantó la mirada y vio cómo Faustina, muy sonriente, le decía adiós con la mano desde la terraza.

Angeline estaba encantada con su amabilidad, su hermosura, la animación y viveza de su conducta y de su conversación. Faustina ocupó al principio todos sus pensamientos, pero, en una curva del camino, cierta circunstancia le trajo otros recuerdos. «¡Oh, qué feliz seré si él demuestra haberme sido fiel! –pensó—. ¡Con Faustina e Ippolito, será como vivir en el Paraíso!»

Y luego rememoró cuanto había ocurrido en los dos últimos años. Del modo más breve posible, seguiremos su ejemplo.

Cuando Faustina partió para Venecia, Angeline se quedó sola en el convento. Aunque era una persona retraída, Camilla della Toretta, una joven dama de Bolonia, se convirtió en su mejor amiga. El hermano de Camilla vino a visitarla, y Angeline la acompañó al locutorio para recibirlo. Ippolito se enamoró desesperadamente de ella, y consiguió que Angeline le correspondiera. Todos los sentimientos de la joven eran sinceros y apasionados; sin embargo, sabía atemperarlos, y su conducta fue irreprochable. Ippolito, por el contrario, era impetuoso y vehemente: la amaba ardientemente y no podía tolerar que nada se opusiera a sus deseos. Decidió contraer matrimonio, pero, como pertenecía a la nobleza, temía la desaprobación de su padre. Mas era necesario pedir su consentimiento; y el anciano aristócrata, presa del temor y de la indignación, llegó a Este, dispuesto a adoptar cualquier medida que separase para siempre a los dos enamorados. La dulzura y la bondad de Angeline mitigaron su cólera, y el abatimiento de su hijo le movió a compasión. Desaprobaba el matrimonio, pero comprendía que Ippolito deseara unirse a tanta hermosura y gentileza. Pero después pensó que su hijo era muy joven y podía cambiar de parecer, y se reprochó a sí mismo haber dado tan fácilmente su consentimiento. Por ese

motivo llegó a un compromiso: les daría su bendición un año más tarde, siempre que la joven pareja se comprometiera, con el más solemne juramento, a no verse ni escribirse durante ese intervalo. Quedó sobreentendido que sería un año de prueba; y que no habría ningún compromiso hasta que éste expirara, y si permanecían fieles, su constancia sería premiada. No hay duda de que el padre creía, e incluso esperaba, que, en aquel período de ausencia, los sentimientos de Ippolito cambiarían, y que éste entablaría una relación más conveniente.

Arrodillados ante una cruz, los dos enamorados prometieron un año de silencio y de separación; Angeline, con los ojos iluminados por la gratitud y la esperanza; Ippolito, lleno de rabia y desesperación por aquella interrupción de su felicidad, que jamás habría aceptado si Angeline no hubiera empleado todas sus dotes de persuasión y de mando para convencerlo; pues la joven había afirmado que, a menos que obedeciera a su padre, ella se encerraría en su celda, y se convertiría voluntariamente en una prisionera, hasta que terminara el tiempo prescrito. De modo que Ippolito prestó juramento e inmediatamente después partió hacia París.

Faltaba sólo un mes para que expirara el año, y no es de extrañar que los pensamientos de Angeline pasaran de su dulce Faustina al destino que la esperaba. Además del voto de ausencia, habían prometido mantener su compromiso y cuanto se relacionaba con él en el más profundo secreto durante ese período. Angeline accedió de buena gana (pues su amiga se hallaba lejos) a guardar silencio hasta que transcurriera el año; pero Faustina había regresado, y ella sentía el peso de aquel secreto en su conciencia. Pero no importaba: tenía que cumplir su palabra.

Ensimismada en sus pensamientos, había llegado al pie de la colina y empezaba a subir la ladera que conducía a la ciudad de Este cuando en los viñedos que bordeaban un lado del camino oyó un ruido... de pisadas... y una voz conocida que pronunciaba su nombre.

—¡Virgen Santa! ¡Ippolito! —exclamó—. ¿Es ésta tu promesa?

—Y ¿es éste tu recibimiento? —respondió él en tono de reproche—. ¡Qué cruel eres! Como no soy lo bastante frío para seguir alejado... como este último mes ha durado una intolerable eternidad, te alejas de mí... deseas que me vaya. Son ciertos, entonces, los rumores... ¡amas a otro! ¡Ah! Mi viaje no será en vano... descubriré quién es y me vengaré de tu falsedad.

Angeline le lanzó una mirada de asombro y desaprobación; pero guardó silencio y prosiguió su camino. Tenía miedo de romper su juramento, y que la maldición del cielo cayera sobre su unión. Decidió que nada le induciría a decir otra palabra; si seguía fiel a la promesa, perdonarían a Ippolito por haberla incumplido. Caminó muy deprisa, sintiéndose alegre y desgraciada al mismo tiempo... aunque esto no es exacto... lo que le embargaba era una felicidad sincera, absorbente; pero temía en cierto modo la cólera de su amado, y sobre todo las terribles consecuencias que podría tener la ruptura de su solemne voto. Sus ojos resplandecían de amor y de dicha, pero sus labios parecían sellados; y, resuelta a no decir nada, escondió el rostro bajo su faziola, para que él no pudiera verlo, y continuó andando con la vista clavada en el suelo. Loco de ira, vertiendo torrentes de reproches, Ippolito se mantuvo a su lado, ora reprochándole su infidelidad, ora jurando venganza, o describiendo y elogiando su propia constancia y su amor inalterable. Era un tema muy grato,

aunque peligroso. Angeline tuvo la tentación de decirle más de mil veces que sus sentimientos no habían cambiado; pero logró reprimir ese deseo y, cogiendo el rosario en sus manos, empezó a rezar. Se acercaban a la ciudad y, consciente de que no podría persuadirla, Ippolito decidió finalmente alejarse de ella, afirmando que descubriría a su rival, y se vengaría por su crueldad e indiferencia. Angeline entró en el convento, corrió a su celda y, poniéndose de rodillas, pidió a Dios que perdonara a su amado por romper la promesa; luego, radiante de felicidad por la prueba que él le había dado de su constancia, y recordando lo poco que faltaba para que su dicha fuera perfecta, apoyó la cabeza en sus brazos y se sumió en una especie de ensueño celestial. Había librado una amarga lucha resistiéndose a las súplicas del joven, pero sus dudas se habían disipado: él le había sido fiel y, en la fecha acordada, vendría a buscarla; y ella, que durante aquel largo año le había amado con ferviente, aunque callada, devoción, ¡se vería recompensada! Se sentía segura... agradecida al cielo... feliz. ¡Pobre Angeline!

Al día siguiente, Faustina fue al convento: las monjas se apiñaron a su alrededor. «Quanto è bellina», exclamó una. «E tanta carina!», dijo otra. «S'è fatta la sposina?... ¿Está ya prometida en matrimonio?, preguntó una tercera. Faustina respondía con sonrisas y caricias, bromas inocentes y risas. Las monjas la idolatraban; y Angeline estaba a su lado, admirando a su encantadora amiga y disfrutando de los elogios que le prodigaban. Finalmente, Faustina tuvo que partir; y Angeline, tal como habían previsto, consiguió permiso para acompañarla.

—Puedes ir a la villa con Faustina, pero no quedarte allí a pasar la noche —señaló la priora, pues iba en contra de las reglas del convento.

Faustina suplicó, protestó y consiguió, mediante halagos, que dejara regresar a su amiga al día siguiente. Entonces iniciaron el regreso juntas, acompañadas de una vieja criada, una especie de señora de compañía. Mientras andaban, un caballero las adelantó a caballo.

—¡Qué guapo es! —exclamó Faustina—. ¿Quién será?

Angeline se puso roja como la grana, pues se dio cuenta de que era Ippolito. Él pasó a gran velocidad, y no tardaron en perderlo de vista. Estaban subiendo la ladera, y ya casi divisaban la villa, cuando les alarmó oír toda clase de gritos, berridos y bramidos, como si unas bestias salvajes o unos locos, o todos a la vez, hubieran escapado de sus guaridas y manicomios. Faustina palideció; y pronto su amiga estuvo tan asustada como ella, pues vio un búfalo, escapado de su yugo, que se lanzaba colina abajo, llenando el aire de rugidos, perseguido por un grupo de contadini chillando y dando alaridos... y enfilaba directamente hacia las dos amigas. La anciana acompañanta exclamó: «O, Gesù Maria!» y se tiró al suelo. Faustina lanzó un grito desgarrador y cogió a Angeline por la cintura; ésta se puso delante de su aterrorizada amiga, dispuesta a afrontar ella todo el peligro para salvarla... y el animal se acercaba. En ese momento, el caballero bajó galopando la ladera, adelantó al búfalo y, dándose media vuelta, se enfrentó al animal salvaje con valentía. Con un bramido feroz, la bestia se desvió bruscamente a un lado y cogió un sendero que salía a la izquierda; pero el caballo, despavorido, se encabritó, arrojó el jinete al suelo y huyó a galope tendido colina abajo. El caballero quedó tendido en el suelo, completamente inmóvil.

Le llegó entonces el turno de gritar a Angeline; y ella y Faustina corrieron angustiadas hacia su salvador. Mientras esta

última le daba aire con el enorme abanico verde que llevan las damas italianas para protegerse del sol, Angeline se apresuró a ir a buscar agua. A los pocos minutos, el color volvió a las mejillas del joven, que abrió los ojos; y entonces vio a la hermosa Faustina e intentó levantarse. Angeline apareció en ese instante y, ofreciéndole agua en una calabaza, la acercó a sus labios. Él apretó su mano, y ella la retiró. Fue entonces cuando la anciana Caterina, extrañada de aquel silencio, empezó a mirar a su alrededor y, al ver que sólo estaban las dos jóvenes inclinadas sobre un hombre en el suelo, se levantó y fue a reunirse con ellas.

—¡Se está usted muriendo! —exclamó Faustina—. Me ha salvado la vida y se ha matado por ello.

Ippolito trató de sonreír.

—No, no me estoy muriendo —dijo—, pero estoy herido.

—¿Dónde? ¿Cómo? —gritó Angeline—. Mi querida Faustina, enviemos a buscar un carruaje y llevémosle a la villa.

—¡Oh, sí! —repuso Faustina—. Vamos, Caterina, corre... cuéntale a papá lo ocurrido... que un joven caballero se ha matado por salvarme la vida.

—No me he matado —le interrumpió Ippolito—; sólo me he roto el brazo y, tal vez, la pierna.

Angeline adquirió una palidez cadavérica y se dejó caer al suelo.

—Pero morirá antes de que consigamos ayuda —afirmó Faustina—; esa estúpida Caterina es más lenta que una tortuga.

—Iré yo a la villa —exclamó Angeline—, Caterina se quedará contigo y con Ip... Buon Dio! ¿Qué estoy diciendo?

Se alejó presurosa y dejó a Faustina abanicando a su amado, que volvió a sentirse muy débil. En seguida se dio la alarma en la villa, el señor conde envió a buscar un médico

y ordenó que sacaran un colchón, entre cuatro hombres, para ir en ayuda de Ippolito. Angeline se quedó en la casa; por fin pudo abandonarse a sus sentimientos y llorar amargamente, abrumada por el miedo y el dolor.

—¿Oh, por qué rompería su promesa para ser castigado? ¡Ojalá pudiera yo expiar su culpa! —se lamentó.

No tardó, sin embargo, en recobrar el ánimo; y, cuando entraron con Ippolito, le había preparado la cama y había cogido las vendas que había creído necesarias. Pronto llegó el médico; y vio que el brazo izquierdo estaba claramente roto, pero que la pierna no había sufrido más que una contusión. Entonces redujo la fractura, sangró al paciente y, dándole una pócima para serenarle, ordenó que estuviera tranquilo. Angeline pasó toda la noche a su lado, pero Ippolito durmió profundamente y no se dio cuenta de su presencia. Jamás lo había amado tanto. Comprendió que su desgracia, sin duda fortuita, hacía honor al cariño que sentía por ella, y contempló su hermoso rostro, apaciblemente dormido.

«Que el cielo guarde al amante más leal que jamás haya bendecido las promesas de una joven», pensó.

A la mañana siguiente, Ippolito se despertó sin fiebre y muy animado. La herida de la pierna apenas le dolía, y quería levantarse; recibió la visita del médico, quien le rogó que guardara cama un día o dos para evitar una infección, y le aseguró que se curaría antes si obedecía sus órdenes sin reservas. Angeline pasó el día en la villa, pero no volvió a verlo. Faustina no dejó de hablar de su valentía, heroísmo y simpatía. Ella era la heroína de la historia. El caballero había arriesgado su vida por ella; era ella a quien había salvado. Angeline sonrió un poco ante su egotismo y pensó que se sentiría humillada si le contaba la verdad; así que guardó silencio. Por la noche, se vio obligada

a regresar al convento; ¿entraría a despedirse de Ippolito? ¿Era correcto? ¿No significaba romper su promesa? Y, sin embargo, ¿cómo resistirse a hacerlo? Así, pues, entró en la habitación y se acercó sigilosamente a él; Ippolito oyó sus pasos, levantó ilusionado la mirada y sus ojos reflejaron cierta decepción.

—¡Adiós, Ippolito! —dijo Angeline—. He de volver al convento. Si empeoras, ¡Dios nos libre!, vendré a cuidarte y atenderte, y moriré contigo; si te restableces, como parece ser la voluntad divina, antes de un mes te daré las gracias como mereces. ¡Adiós, querido Ippolito!

—¡Adiós, querida Angeline! Cuanto piensas es bueno y justo, y tu conciencia lo aprueba: no temas por mí. Siento mi cuerpo lleno de salud y de vigor, y, puesto que tú y tu dulce amiga estáis a salvo, ¡benditas sean las incomodidades y los dolores que sufro! ¡Adiós! Pero espera, Angeline, tan sólo unas palabras... mi padre, según he oído, se llevó a Camilla de vuelta a Bolonia el año pasado... ¿os escribís tal vez?

—Te equivocas, Ippolito; de acuerdo con los deseos del marqués, no hemos intercambiado ninguna carta.

—Has obedecido tanto en la amistad como en el amor... ¡qué bondadosa eres! Pero yo también quiero que me hagas una promesa... ¿la cumplirás con la misma firmeza que la de mi padre?

—Si no va en contra de nuestro voto...

—¡De nuestro voto! ¡Pareces una novicia! ¿Acaso nuestros votos tienen tanto valor? No, no va en contra de nuestro voto; sólo te pido que no escribas a Camilla o a mi padre, ni dejes que este accidente llegue a sus oídos. Les inquietaría inútilmente... ¿me lo prometes?

—Te prometo que no les enviaré ninguna carta sin tu permiso.

—Y yo confío en que serás fiel a tu palabra, de igual modo

que lo has sido a tu promesa. Adiós, Angeline. ¡Cómo! ¿Te vas sin un beso?

La joven se apresuró a salir del cuarto para no ceder a la tentación; pues acceder a aquella demanda habría sido un quebrantamiento mucho mayor de su promesa que cualquiera de los ya perpetrados.

Regresó a Este, preocupada y, sin embargo, alegre; convencida de la lealtad de su amado y rezando fervorosamente para que no tardara en recuperarse. Durante varios días acudió regularmente a Villa Moncenigo para preguntar por su salud, y se enteró de que el joven mejoraba poco a poco; finalmente, le comunicaron que Ippolito tenía permiso para abandonar su habitación. Faustina le dio la noticia, con los ojos brillantes de alegría. Hablaba sin cesar de su caballero, así le llamaba, y de la gratitud y admiración que sentía por él. Le había visitado a diario acompañada de su padre, y siempre tenía alguna nueva historia que contar sobre su ingenio, elegancia y amables cumplidos. Ahora que él podía reunirse con ellos en la sala, se sentía doblemente feliz. Después de recibir esa información, Angeline renunció a sus visitas diarias, ya que corría el peligro de encontrarse con su amado. Enviaba todos los días a alguien y tenía noticias de su restablecimiento; y todos los días recibía un mensaje de su amiga, invitándola a Villa Moncenigo. Pero ella se mantuvo firme: sentía que obraba bien. Y, aunque temía que él estuviera enfadado, sabía que trascurridos quince días —lo que quedaba del mes— podría expresarle sus verdaderos sentimientos; y, como él la amaba, la perdonaría en seguida. No llevaba ningún peso en el corazón, nada que no fuera gratitud y alegría.

Todos los días, Faustina le suplicaba que fuera y, aunque sus ruegos se volvieron cada vez más apremiantes, Angeline

siguió dándole excusas. Una mañana su joven amiga entró atropelladamente en su celda para llenarla de reproches y mostrarle su extrañeza por su ausencia. Angeline se vio obligada a prometer que la visitaría; y entonces se interesó por el caballero, a fin de descubrir cuál era la mejor hora para evitar su encuentro. Faustina se sonrojó... un adorable rubor se extendió por todo su rostro mientras exclamaba:

—¡Oh, Angeline! ¡Quiero que vengas por él!

Angeline enrojeció a su vez, temiendo que Ippolito hubiera traicionado su secreto, y se apresuró a decir:

—¿Te ha dicho algo?

—Nada —respondió alegremente su amiga—; por eso te necesito. ¡Oh, Angeline! Papá me preguntó ayer si Ippolito me gustaba, y añadió que, si su padre lo aprobaba, no veía ninguna razón por la que no pudiéramos casarnos. Tampoco yo... pero ¿me querrá él? Oh, si no me ama, no dejaré que se hable del asunto, ni que pregunten a su padre... ¡no me casaría con él por nada del mundo!

Y los ojos de la delicada joven se llenaron de lágrimas, y se arrojó a los brazos de Angeline.

«Pobre Faustina —pensó su amiga—, ¿seré yo la causante de su sufrimiento?»

Y empezó a acariciarla y a besarla con palabras cariñosas y tranquilizadoras. Faustina prosiguió. Estaba convencida, dijo, de que Ippolito la amaba. Angeline se sobresaltó al oír su nombre así pronunciado por otra mujer; y palideció y se estremeció mientras se esforzaba por no traicionarse a sí misma. El joven no daba demasiadas muestras de amor, pero parecía tan feliz cuando ella entraba, e insistía tanto en que se quedara... y luego sus ojos...

—¿En alguna ocasión te ha dicho algo de mí? —inquirió Angeline.

—No... ¿por qué iba a hacerlo? —replicó Faustina.

—Me salvó la vida —contestó su amiga, ruborizándose.

—¿De veras? ¿Cuándo? ¡Oh, sí, ahora lo recuerdo! Sólo pensaba en mí; pero lo cierto es que tu peligro fue tan grande... no, más grande, pues me protegiste con tu cuerpo. Mi amiga del alma, no soy una desagradecida, aunque Ippolito me vuelva tan olvidadiza...

Todo esto sorprendió, mejor dicho, dejó estupefacta a Angeline. No dudó de la fidelidad de su amado, pero temió por la felicidad de su amiga, y cualquier idea que se le ocurría daba paso a ese sentimiento... Prometió visitar a Faustina aquella misma tarde.

Y ahí está de nuevo, subiendo lentamente la colina, con el corazón encogido a causa de Faustina, confiando en que su amor repentino y no correspondido no comprometa su felicidad futura. Al doblar una curva, cerca de la villa, oyó que la llamaban; y, cuando levantó los ojos, volvió a contemplar, asomado a la balaustrada, el rostro sonriente de su hermosa amiga; e Ippolito estaba junto a ella. El joven se sobresaltó y dio un paso atrás cuando sus miradas se encontraron. Angeline había ido decidida a ponerle en guardia, y estaba ideando el mejor modo de explicarle las cosas sin comprometer a su amiga. Fue una labor inútil; cuando entró en el salón, Ippolito se había marchado, y no volvió a aparecer.

«No querrá romper su promesa», pensó Angeline.

Pero se quedó terriblemente angustiada por su amiga, y muy confusa. Faustina sólo podía hablar de su caballero. Angeline estaba llena de remordimientos, y no sabía qué hacer. ¿Debía revelar la situación a su amiga? Quizá fuera lo

mejor, y, sin embargo, le parecía muy difícil; además, a veces tenía casi la sospecha de que Ippolito la había traicionado. El pensamiento venía acompañado de un dolor punzante que luego desaparecía, hasta que creyó enloquecer, y fue incapaz de dominar su voz. Regresó al convento más inquieta y acongojada que nunca.

Visitó la villa en dos ocasiones, e Ippolito volvió a eludirla; y el relato de Faustina sobre el modo en que él la trataba se tornó más inexplicable. Una y otra vez, el miedo de haberlo perdido la atormentó; y de nuevo se tranquilizó a sí misma pensando que su alejamiento y su silencio eran debidos al juramento, y que su misterioso comportamiento con Faustina sólo existía en la imaginación de la joven. No dejaba de dar vueltas al modo en que debía comportarse, mientras el apetito y el sueño la abandonaban; finalmente, cayó demasiado enferma para ir a la villa y, durante dos días, se vio obligada a guardar cama. En aquellas horas febriles, sin fuerzas para moverse, y desconsolada por la suerte de Faustina, tomó la decisión de escribir a Ippolito. Él se negaría a verla, así que no tenía otro modo de comunicarse. Su promesa lo prohibía, pero la habían roto ya de tantas maneras... Además, no lo hacía por ella, sino por su querida amiga. Pero, ¿qué pasaría si su carta llegaba a manos extrañas? ¿Y si Ippolito pensaba abandonarla por Faustina? Entonces el secreto quedaría enterrado para siempre en su corazón. Por ese motivo, resolvió escribir su misiva sin que nada la traicionara ante una tercera persona. No fue una tarea fácil, pero finalmente la llevó a cabo.

El señor caballero sabría disculparla, confiaba. Ella era... siempre había sido como una madre para la señorita Faustina... la amaba más que a su vida. El señor caballero

estaba actuando, quizá, de un modo irreflexivo. ¿Comprendía sus palabras? Y, aunque no tuviese ninguna intención, la gente haría conjeturas. Todo cuanto le pedía era permiso para escribir a su padre, a fin de que aquella situación de incertidumbre y misterio terminara lo antes posible.

Angeline rompió diez notas... y, aunque no estaba satisfecha con esta última, la cerró; y luego se arrastró fuera de la cama para enviarla inmediatamente por correo.

Aquel acto de valentía tranquilizó su ánimo, y fue muy beneficioso para su salud. Al día siguiente se sentía tan bien que decidió ir a la villa para descubrir el efecto que había producido su carta. Con el corazón palpitante, subió la ladera y, al doblar la curva de siempre, levantó la mirada. No había ninguna Faustina en la balaustrada. Y no era de extrañar, pues nadie la esperaba; sin embargo, sin saber por qué, se sintió muy desgraciada y los ojos se le llenaron de lágrimas.

«Si pudiera ver a Ippolito un momento... y él me diera la más pequeña explicación, ¡todo se arreglaría!», caviló.

Con esos pensamientos llegó a la villa y entró en el salón. Oyó unos pasos rápidos, como si alguien huyera de ella. Faustina estaba sentada delante de una mesa leyendo una carta... sus mejillas rojas como la grana, su pecho palpitando de agitación. El sombrero y la capa de Ippolito se hallaban a su lado, e indicaban que acababa de abandonar precipitadamente la estancia. La joven se volvió... divisó a Angeline... sus ojos despidieron fuego... y arrojó la misiva que estaba leyendo a los pies de su amiga; Angeline comprendió que era la suya.

—¡Cógela! —dijo Faustina—. Te pertenece. Por qué motivo la has escrito... y qué significa... es algo que no preguntaré. Ha sido algo despreciable por tu parte, además de inútil, te lo

aseguro... No soy alguien que entregue su corazón antes de que se lo pidan, ni que pueda ser rechazada cuando mi padre me ofrece en matrimonio. Coge tu carta, Angeline. ¡Oh! ¡Yo nunca creí que te comportarías así conmigo!

Angeline seguía allí como si la escuchara, pero no oía una sola palabra; completamente inmóvil... las manos enlazadas con fuerza, los ojos anegados en lágrimas y fijos en su carta.

—Te digo que la cojas —exclamó Faustina con impaciencia, dando una patada en el suelo con su pequeño pie—; ha llegado demasiado tarde, fueran cuales fueran tus intenciones. Ippolito ha escrito a su padre pidiéndole su consentimiento para nuestra boda; mi padre también lo ha hecho.

Angeline se estremeció y miró con ojos desorbitados a su amiga.

—¡Es cierto! ¿Acaso lo dudas? ¿Quieres que llame a Ippolito para que confirme mis palabras?

Faustina se dirigió a ella exultante. Angeline, muda de espanto, se apresuró a coger la carta; y abandonó la sala... y la casa, bajó la colina y regresó al convento. Con el corazón al rojo vivo, sintió su cuerpo poseído por un espíritu que no era el suyo: no lloraba, pero sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas... y sus miembros se contraían espasmódicamente. Corrió a su celda, se arrojó al suelo, y entonces pudo estallar en llanto; después de derramar torrentes de lágrimas, consiguió rezar, y más tarde... cuando recordó que su sueño de felicidad había terminado para siempre, deseó la muerte.

A la mañana siguiente, abrió los ojos de mala gana y se levantó. Era de día; y todos debían levantarse y seguir adelante, y ella entre los demás, aunque el sol ya no brillase como antes y el dolor convirtiera su vida en un tormento. No pudo evitar sobresaltarse cuando, poco después, le informaron de que un caballero deseaba verla. Buscó refugio en un rincón, y rehusó

bajar al locutorio. La portera regresó un cuarto de hora más tarde. El joven se había marchado, pero le había escrito una nota; y le entregó la misiva. Estaba sobre la mesa, delante de Angeline... pero le traía sin cuidado abrirla... todo había terminado, y no necesitaba aquella confirmación. Finalmente, muy despacio, y no sin esfuerzo, rompió el sello. Estaba fechada el día en que expiraba el año. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y entonces nació en su corazón la cruel esperanza de que todo fuera un sueño, y de que ahora que la Prueba de Amor llegaba a su fin, él la reclamara como suya. Empujada por esta incierta suposición, se enjugó las lágrimas y leyó las siguientes palabras:

He venido a excusarme por mi bajeza. Rehúsas verme y yo te escribo; pues, aunque siempre seré un hombre despreciable para ti, no pareceré peor de lo que soy. Recibí tu carta en presencia de Faustina y ella reconoció tu letra. Conoces bien su obstinación, su impetuosidad; no pude impedir que me la arrebatara. No añadiré nada más. Debes de odiarme; y, sin embargo, tendrías que compadecerme, pues soy muy desdichado. Mi honor está ahora comprometido; todo terminó antes de que yo empezara a ser consciente del peligro... pero ya no se puede hacer nada. No encontraré la paz hasta que me perdones, y, sin embargo, merezco tu maldición. Faustina no sabe nada de nuestro secreto. Adiós.

El papel cayó de las manos de Angeline.

Sería inútil describir los diversos sufrimientos que soportó la infortunada joven. Su piedad, resignación y carácter noble y generoso acudieron en su ayuda, y le sirvieron de apoyo cuando sentía que sin ellos podía morir. Faustina le escribió

para decirle que le hubiera gustado verla, pero que Ippolito era reacio a la idea. Habían recibido la respuesta del marqués de la Toretta, un feliz consentimiento; pero el anciano se hallaba enfermo y todos se marchaban a Bolonia. A la vuelta, hablarían.

Su partida ofreció cierto consuelo a la desdichada joven. Y no tardó en prodigárselo también una carta del padre de Ippolito, llena de alabanzas de su conducta. Su hijo se lo había confesado todo, escribía; ella era un ángel... el cielo la premiaría, pero su recompensa sería aun mayor si se dignaba perdonar a su infiel enamorado. Responder a esa misiva alivió el dolor de la joven, que desahogó su pena y los pensamientos que la atormentaban escribiéndola. Perdonó de buen grado a Ippolito, y rezó para que él y su adorable esposa gozaran de todas las bendiciones.

Ippolito y Faustina contrajeron matrimonio y pasaron dos o tres años en París y en el sur de Italia. Ella fue inmensamente feliz al principio; pero pronto el mundo cruel y el carácter ligero e inconstante de su marido infligieron mil heridas en su joven corazón. Echaba de menos la amistad y la comprensión de Angeline; apoyar la cabeza en su pecho y ser consolada por ella. Propuso una visita a Venecia, Ippolito accedió y, de camino, pasaron por Este. Angeline había tomado el hábito en el convento de Santa Anna. Se sintió muy complacida, por no decir feliz, de su visita; escuchó con gran sorpresa las penas de Faustina, y se esforzó por consolarla. También vio a Ippolito con enorme serenidad, pues sus sentimientos habían cambiado; no era el ser que ella había amado, y comprendió que, de haberse casado con él, con su profunda sensibilidad y sus elevadas ideas sobre el honor, se habría sentido incluso más decepcionada que Faustina.

La pareja llevó la vida que suelen llevar los matrimonios italianos. Él era amante de las diversiones, inconstante, despreocupado; ella se consolaba con un *cavaliere servente*. Angeline, consagrada a Dios, se asombraba de todo aquello; y de que alguien pudiera cambiar con tanta ligereza sus afectos, para ella tan sagrados e inmutables.





EL MORTAL INMORTAL

Mary Shelley | Traducción: Carmen Virgili

16 de julio de 1833... He aquí una fecha de aniversario memorable para mí. ¡Ese día cumplo trescientos veintitrés años de edad!

¿El Judío Errante? Por supuesto que no. Más de dieciocho siglos han pasado sobre su cabeza. En comparación con él, soy un Inmortal muy joven.

¿Soy yo, por tanto, inmortal? Esta es una pregunta que he estado haciéndome a mí mismo día y noche, durante trescientos tres años, sin poder contestarla todavía. Precisamente hoy he detectado un cabello grisáceo entre mis rizos oscuros... esto sin duda significa decadencia. Pero puede que ese cabello haya permanecido oculto entre mis rizos durante trescientos años... Aunque lo cierto es que algunas personas tienen el pelo totalmente blanco antes de cumplir los veinte años.

Contaré mi historia y el lector juzgará por mí. Contaré mi historia, y esto me ayudará a sobrellevar esa larga eternidad que se ha convertido en una aburrida pesadilla. ¡Para siempre! ¿Puede ser esto posible? ¡Vivir para siempre!

¡He oído hablar de sortilegios en los que las víctimas eran sumidas en un profundo sueño para despertar al cabo de cien años tan jóvenes y frescas como antes: he oído hablar de *Los Siete Durmientes*, en cuyo caso el ser inmortal no resultaba tan insoportablemente pesado...! Pero el paso del tiempo que nunca termina... el tedioso paso de las horas sucediéndose en silencio, ¡sin que nada enturbie su calma! ¡Qué feliz era el Nourjahad de la fábula...! Pero volvamos a mi historia.

Todo el mundo ha oído hablar de Cornelius Agrippa. Su recuerdo es inmortal, y sus artes me hicieron tan inmortal como su recuerdo. Todo el mundo ha oído hablar también de aquel discípulo suyo que, inconscientemente, convocó al enemigo en ausencia de su maestro, y fue destruido por él. Verdadera o falsa, la noticia de este accidente le causó muchos problemas al renombrado filósofo. Todos sus discípulos le abandonaron, y sus sirvientes desaparecieron. Se quedó sin nadie que alimentase el fuego de sus chimeneas, siempre encendidas mientras dormía, o que vigilase los cambiantes colores de sus pócimas mientras estudiaba. Los experimentos le fallaban uno tras otro, porque un solo par de manos era insuficiente para completarlos: los malos espíritus se reían de él por no ser capaz de retener a un solo mortal a su servicio.

Yo era entonces muy joven, muy pobre, y estaba muy enamorado. Durante cosa de un año había sido discípulo de Cornelius, aunque me hallaba ausente cuando el accidente tuvo lugar. A mi vuelta, mis amigos me suplicaron que no volviese a la morada del alquimista. Me estremecí al escuchar la siniestra historia que me contaron. No necesité un segundo aviso... Cuando Cornelius me ofreció una bolsa de oro si accedía a permanecer bajo su techo, me sentí como si el mismísimo Satán estuviese tentándome. Me castañetearon los

dientes y se me pusieron los pelos de punta. Eché a correr tan aprisa como me lo permitieron mis temblorosas rodillas.

Mis inseguros pasos me llevaron al lugar que había visitado cada atardecer durante los últimos dos años: una saltarina fuente de pura agua viva, tras la que aguardaba una joven de negros cabellos cuyos ojos resplandecientes se hallaban clavados en el sendero que yo acostumbraba a recorrer. No puedo recordar la hora en que aún no amaba a Bertha. Habíamos sido vecinos y compañeros de juegos durante la infancia –sus padres, como los míos, eran humildes pero respetables– y nuestro cariño había sido una gran satisfacción para ellos. Unas fiebres malignas acabaron en mala hora primero con su padre y luego con su madre, y Bertha se quedó huérfana. Hubiese encontrado un hogar bajo mi techo paterno, pero, por desgracia, la solitaria y vieja dama del cercano castillo, rica y sin descendencia, decidí adoptarla. A partir de ese momento Bertha vistió trajes de seda, habitó un palacio de mármol, y se convirtió en alguien altamente favorecido por la fortuna. Pero en su nueva situación y entre sus nuevas amistades se mantuvo siempre fiel al amigo de sus días humildes; visitaba a menudo la cabaña de mis padres y, cuando se le prohibía acercarse allí, solía vagar por el bosque cercano y encontrarse conmigo junto a su umbrosa fuente.

Ella declaraba a menudo que los sacrosantos lazos que nos unían estaban muy por encima de sus deberes para con su nueva protectora. Pero a pesar de ello yo era demasiado pobre para casarme, y poco a poco Bertha fue cansándose de sufrir por mi causa. Su espíritu altivo e impaciente se enfurecía ante los obstáculos que impedían nuestra unión. Al encontrarnos de nuevo tras mi ausencia se mostró obsesionada y dolida,

quejándose amargamente y llegando a reprocharme el ser pobre. Yo le repliqué apresuradamente:

—¡Soy pobre pero honesto! ¡Si no lo fuese, podría hacerme rico con facilidad!

Esta exclamación provocó un millar de preguntas. Yo temía asustarla confesándole la verdad, pero me obligó a hablar, y entonces, dirigiéndome una desdeñosa mirada, dijo:

—¡Pretendes amarme y te asusta enfrentarte con el Diablo por mi causa!

Protesté diciéndole que sólo había temido ofenderla y escandalizarla, mientras ella se complacía en imaginar la magnitud de la recompensa que se me había ofrecido. De este modo, animado —y avergonzado— por ello, impulsado por el amor y la esperanza y riéndome de mis pasados temores, me dirigí con paso rápido y corazón alegre a la morada del alquimista para aceptar su oferta, e inmediatamente me encontré instalado en mi antiguo lugar de trabajo.

Pasó todo un año y me encontré en posesión de una suma de dinero nada insignificante. La costumbre había disipado mis temores. A pesar de la vigilancia más estricta, no detecté nunca la huella de un macho cabrío, ni el estudioso silencio de nuestra morada fue jamás perturbado por aullidos demoníacos. Continuaba viendo a Bertha escondidas, y la Esperanza brillaba en mi horizonte... La Esperanza, pero no la alegría perfecta, ya que Bertha sostenía caprichosamente que el amor y la seguridad eran sentimientos enemigos y se complacía en enfrentarlos en mi pecho. Aunque de corazón fiel, era algo frívola en su comportamiento, y yo era celoso como un turco. Ella me hacía objeto de mil desdenes, aunque nunca reconocía su equivocado comportamiento: me volvía loco de ira, y entonces me forzaba a suplicar su perdón. Me

quería rendido a sus pies, y cuando no era así siempre tenía a punto alguna historia sobre un rival al que su protectora favorecía. Se hallaba rodeada de jóvenes vestidos de seda, ricos y alegres. ¿Qué posibilidades podía tener el discípulo de Cornelius, pobremente vestido, comparado con ellos?

En una ocasión el filósofo me exigió que le dedicase todo mi tiempo, hasta el punto de que me fue imposible verla como ella deseaba. Cornelius se hallaba totalmente dedicado a un poderoso experimento, y yo me veía forzado a permanecer despierto día y noche alimentando sus hornos y vigilando sus preparaciones químicas. Bertha esperó en vano que yo apareciese por la fuente del bosque. Su espíritu altivo se rebelaba ante aquel supuesto abandono, y cuando por fin pude escaparme a hurtadillas durante los pocos momentos que se me concedían de descanso, corriendo a su lado para que me consolase, me recibió con desdén, me despidió con desprecio, y juró que se entregaría a cualquier hombre antes que entregarse a aquel que no podía estar en dos lugares a la vez por su causa. ¡Estaba dispuesta a vengarse! Y por cierto que lo hizo. En mi oscuro refugio me enteré de que había estado cazando con Albert Hoffer, uno de los preferidos de su protectora. Los vi pasar a caballo ante mi ventana que vomitaba humo. Me pareció que mencionaban mi nombre, y que a continuación sonaba una risita, mientras sus ojos oscuros lanzaban una despreciativa mirada hacia mi ventana.

Los celos, con todo su veneno y todas sus miserias, hicieron presa de mi corazón. Ora derramaba un torrente de lágrimas, pensando que ya nunca podría llamarla mía, ora la imprecaba con una maldición tras otra por su inconstancia. Y entretanto debía alimentar y renovar los hornos del alquimista, y vigilar las alteraciones de sus ininteligibles pócimas.

Cornelius había permanecido expectante y con los ojos abiertos durante tres días y tres noches. El proceso que tenía lugar en los alambiques era más lento de lo previsto: a pesar de su ansiedad el sueño le pesaba sobre los párpados. Una y otra vez se sacudía la somnolencia con una energía sobrehumana; una y otra vez esa somnolencia se apoderaba de sus sentidos. Contemplaba anhelante los crisoles, murmurando:

—Todavía no está a punto. ¿Pasará otra noche antes de que mi obra se realice? Winzy, muchacho, tú estás alerta, tú me eres fiel... tú has dormido durante la última noche... Contempla ese recipiente de cristal. El líquido que contiene es de un suave color rosado: en el momento en que empiece a cambiar de matiz, despiértame. Hasta entonces, cerraré los ojos. Primero adquirirá un color blanquecino, y luego emitirá rayos dorados... Pero no esperes hasta entonces: en cuanto el color rosado se desvanezca, despiértame.

Murmuró las últimas palabras en sueños, por así decirlo, de modo que apenas pude oírlas. Pero ni siquiera entonces se dejó vencer totalmente por la naturaleza.

—Winzy, muchacho —dijo de nuevo—, no toques el recipiente... no te lo llesves a los labios. Es un filtro... un filtro para curar el amor... dejarías de amar a tu Bertha... ¡No se te ocurra beberlo!

Y se quedó dormido. Su cabeza venerable se desmoronó sobre su pecho y apenas pude percibir su respiración. Durante unos pocos minutos contemplé el recipiente... el matiz rosado del líquido no sufrió ningún cambio. Luego mis pensamientos empezaron a vagar, volviendo a la fuente del bosque y deteniéndose en mil escenas encantadoras que nunca se repetirían... ¡Nunca! Serpientes y culebras se apoderaron de mi corazón mientras la palabra *nunca* se formaba a medias en

mis labios. ¡Bertha era falsa... falsa y cruel! Nunca volvería a sonreírme a mí como aquella noche le había sonreído a Albert. ¡Despreciaba a aquella mujer detestable! Yo me encargaría de vengarme a mí mismo... Bertha vería a Albert expirar a sus pies; ella misma perecería bajo el peso de mi fuerza vengadora. Había sonreído, desdeñosa y triunfante... Conocía mi infelicidad, conocía su poder sobre mí. Pero en realidad, ¿qué poder tenía ella? El poder de provocar mi odio... mi más absoluto desprecio... mi... ¡oh, todo menos la indiferencia! Si yo pudiese conseguir... Si yo pudiese contemplarla con indiferencia, transfiriendo mi amor rechazado a una mujer más bella y más digna de él... ¡Aquello sería verdaderamente una victoria!

Como un dardo, un brillante rayo de luz cruzó ante mis ojos. ¡Había olvidado la pócima del adepto! La contemplé fijamente con asombro: rayos de admirable belleza, más brillantes que los que emite el diamante cuando lo atraviesan los rayos del sol, surgían de la superficie del líquido; la fragancia que despedía era tan embriagadora que casi me dejó sin sentido; el recipiente parecía un globo vívido y radiante, de aspecto tan atractivo para la vista como para el gusto. El primer pensamiento que me embargó, primario e instintivo, fue: «Quiero... Tengo que beber». Alcé el recipiente hasta mis labios. «¡Me curaré del amor... de la tortura!» Había bebido ya a grandes tragos el más delicioso licor que el paladar humano haya probado jamás, cuando el filósofo se agitó despertando de su sueño. Me sobresalté dejando caer el recipiente... El fluido se inflamó deslizándose por el pavimento, mientras yo sentía que Cornelius me agarraba por el cuello dando grandes gritos:

—¡Desgraciado! ¡Has destrozado la obra de mi vida!

El filósofo no se apercibió en absoluto de que yo hubiera bebido ni una gota de su droga. Su impresión —a la que yo asentí tácitamente— fue que yo había tomado el recipiente por curiosidad, y que, asustado por su resplandor, por los rayos de luz intensa que despedía, lo había dejado caer. Nunca lo saqué de su error. El fuego de la pócima fue apagándose, la fragancia disolviéndose en el aire... Cornelius recobró la calma que un filósofo debe conservar bajo las más severas pruebas, y me mandó a descansar.

No intentaré describir el sueño de gloria y bienaventuranza en que quedó sumergida mi alma, el paraíso que habité durante las horas restantes de aquella noche memorable. Las palabras serían un pálido reflejo de la felicidad, o de la alegría, que poseía mi pecho cuando me desperté. Me sentía flotar en el aire, mis pensamientos no eran de este mundo. La tierra parecía ser el cielo, y el gozo me embargaba hasta el éxtasis.

«Esto es el estar curado de amor», pensé. «Veré hoy mismo a Bertha, para que se percate de mi frialdad e indiferencia. Me encontrará demasiado feliz para tratarla con desdén, pero absolutamente indiferente ante ella.»

Las horas se sucedieron a paso de danza. El filósofo, seguro de que si lo había conseguido una vez podría conseguirlo de nuevo, empezó a trabajar una vez más en su experimento. Se encerró con sus libros y sus drogas y yo tuve el día libre. Me vestí con esmero, contemplándome en un viejo escudo muy bruñido que me servía de espejo, y pensé que mi aspecto había mejorado de un modo maravilloso. Me apresuré más allá del recinto de la ciudad, con la alegría en el alma y la belleza del cielo y la tierra a mi alrededor.

Dirigí mis pasos hacia el castillo... Podía contemplar sus altivos torreones con el corazón ligero, porque ahora estaba

curado de amor. Mi Bertha me divisó desde la lejanía, mientras avanzaba por la avenida. No sé qué repentino impulso animó su pecho, pero al verme bajó la escalinata de mármol con paso ligero, como de cervatillo, dirigiéndose hacia mí. Pero yo había sido divisado por otra persona. La vieja bruja de alta cuna, que se consideraba su protectora y era su tirana, me había divisado también. Desde lo alto de la escalinata, jadeante y arrastrando su cojera mientras un paje, tan feo como ella, le llevaba la cola y la abanicaba, se precipitó hacia mi bella Bertha para detenerla con un:

—¿Qué atrevimiento es ese, mi bella damita? ¿A dónde te diriges con tanta prisa? ¡Vuelve a tu jaula, que los halcones acechan en el exterior!

Bertha se retorció las manos con los ojos fijos todavía en mi persona. Me di cuenta del conflicto. ¡Cómo detestaba a aquella vieja arpía que frenaba los impulsos del amante corazón de mi Bertha! Hasta entonces el respeto por su rango me había impulsado a evitar a la señora del castillo, pero ahora tan triviales consideraciones me parecían desdeñables. Curado de amor, me sentía muy por encima de todos los temores humanos, de modo que me apresuré a avanzar hasta la escalinata. Bertha estaba bellísima, sus ojos centelleaban, sus mejillas se encendían de ira e impaciencia, su aspecto era más encantador que nunca. Yo ya no la amaba... ¡Oh, no! ¡Yo la adoraba... la veneraba... la idolatraba!

Aquella mañana había sido conminada, con una vehemencia superior a la usual, a decidirse por un inmediato casamiento con mi rival. Se le había reprochado el haberle dado esperanzas, y había sido amenazada con ser expulsada del castillo para hundirse en la desgracia y en la vergüenza. Su orgulloso espíritu se levantó en armas ante la amenaza, pero

al recordar el desprecio con que me había tratado, y pensar que quizá había perdido a alguien a quien ahora consideraba como su único amigo, lloró de rabia y remordimiento. En aquel momento aparecí yo.

—¡Oh Winzy! —exclamó—. ¡Llévame a la cabaña de tus padres! Quiero abandonar cuanto antes los lujos de esta noble mansión que me hace desgraciada... ¡Llévame a la pobreza y a la felicidad!

La estreché en mis brazos transportado de dicha. La vieja dama se quedó sin palabras, presa de furia, y sólo estalló en invectivas cuando nos hallábamos ya de camino hacia mi casa natal. Mi madre recibió con ternura y alegría a la bella fugitiva, que había escapado de una jaula de oro en busca de la naturaleza y la libertad; mi padre, que sentía cariño por ella, la acogió de todo corazón. Fue un día de alegría, en el que no necesité de la poción celestial del alquimista para sentirme embargado de gozo.

Poco después de aquel día pleno de acontecimientos me convertí en el marido de Bertha. Dejé de trabajar como discípulo de Cornelius, pero continué siendo su amigo. Siempre sentí agradecimiento hacia él por haberme procurado, sin ser consciente de ello, aquel delicioso trago de un elixir divino que, en vez de curarme de amor (¡triste cura, solitario remedio para unos males que en el recuerdo parecen bendiciones!), me había dado el coraje y la resolución necesaria para conquistar para mí aquel tesoro inestimable que era Bertha.

Yo recordaba a menudo, con asombro, aquellos momentos de ebriedad tan parecidos al éxtasis. El bebedizo de Cornelius no había servido para lo que él afirmaba que había sido preparado, pero sus efectos habían sido más poderosos y embriagadores de lo que las palabras podrían expresar. Habían ido desapareciendo

paulatinamente, pero habían permanecido lo suficiente como para teñir la vida con matices de esplendor. Bertha se sentía a menudo desconcertada ante mi desacostumbrada alegría y ligereza de corazón, ya que, antes de aquello, yo había sido bastante serio, incluso triste. Me quiso aún más por mi temperamento optimista, y nuestros días transcurrieron en transportes de alegría.

Cinco años más tarde fui repentinamente requerido para acudir a la cabecera del agonizante Cornelius. Me había mandado llamar con urgencia, conjurando mi presencia inmediata. Lo encontré yacente en su lecho, debilitado casi hasta la muerte; toda la vida que le quedaba se hallaba concentrada en sus ojos penetrantes, que mantenía fijos en un recipiente de cristal repleto de un líquido rosáceo.

—¡Contempla la vanidad de las aspiraciones humanas! —dijo con voz rota y profunda—. Por segunda vez mis esperanzas, a punto de verse coronadas por el éxito, han sido destruidas. Contempla ese licor... es igual al que preparé hace cinco años, como recuerdas, con el mismo resultado... Entonces, como ahora, mis labios sedientos anhelaban probar el elixir inmortal... ¡Tú me lo impediste! Y ahora es demasiado tarde.

Hablaba con dificultad y no tardó en desmoronarse de nuevo sobre la almohada. No pude evitar el decir:

—Reverenciado maestro, ¿cómo podría una cura de amor devolverte la vida...?

Una tenue sonrisa iluminó su rostro mientras yo escuchaba con atención su escasamente inteligible respuesta:

—¡Una cura de amor y de todo lo demás...! ¡El elixir de la inmortalidad! ¡Ah, si ahora pudiese beberlo, viviría para siempre!

Mientras hablaba, un dorado resplandor emanó del fluido y una fragancia que yo recordaba muy bien impregnó el aire. Como si una fuerza milagrosa se hubiese apoderado de él, Cornelius, a pesar de lo débil que se encontraba, se incorporó extendiendo la mano... Una fuerte explosión me sobresaltó. ¡El elixir acababa de estallar como un rayo de fuego, y el recipiente que lo contenía se había desintegrado hasta convertirse en átomos! Volví los ojos hacia el filósofo, que se había reclinado de nuevo con los ojos vidriosos, las facciones rígidas... ¡Estaba muerto!

¡Pero yo estaba vivo, y debía vivir para siempre! Así lo había afirmado el infortunado alquimista, y durante unos pocos días creí en sus palabras. Recordé la gloriosa intoxicación que había experimentado tras el robo del elixir, reflexionando sobre el cambio que se había producido tanto en mi aspecto físico como en mi espíritu: la vibrante elasticidad del primero, la exaltada ligereza del segundo... Me inspeccioné atentamente ante el espejo sin poder descubrir cambio alguno en mis facciones... ¡Y habían transcurrido cinco años! Recordé los radiantes matices y el aroma embriagador de aquel delicioso brebaje, sin duda a la altura del don que era capaz de conceder... ¡Yo era, por tanto, INMORTAL!

Unos días más tarde me reía de mi propia credulidad. El viejo proverbio de que «nadie es profeta en su tierra» era cierto en lo que a mi maestro se refería. Yo le apreciaba como hombre y respetaba como sabio, pero dudaba mucho de que pudiese convocar los poderes de las tinieblas, y me reía de los supersticiosos temores que despertaba en las gentes vulgares. Había sido un gran filósofo, pero no había tenido relación con más espíritus que los que se hallan revestidos de carne y sangre. Su ciencia había sido simplemente humana; y la ciencia

humana, según me convencí pronto a mí mismo, no podría conquistar nunca las leyes de la naturaleza hasta el punto de aprisionar para siempre el alma en el interior de su habitación carnal. Cornelius había conseguido una bebida que refrescaba el alma, más intoxicante que el vino, más dulce y fragante que cualquier fruta... Una bebida que probablemente poseía fuertes poderes medicinales, infundiendo alegría al corazón y vigor a los miembros... Pero esos efectos irían extinguiéndose, debilitándose... Me parecía notarlo ya en mi propio aspecto. Podría considerarme afortunado por haber conseguido salud y buen humor, y quizá una larga vida, gracias a mi maestro, pero mi suerte terminaba allí: la longevidad era algo muy distinto de la inmortalidad.

Cultivé esta creencia durante muchos años. A veces una sospecha se apoderaba de mí: ¿estaba el alquimista realmente equivocado? Pero mi convicción habitual era que correría la suerte de todos los hijos de Adán cuando me llegase la hora... Quizá un poco más tarde que el resto de los mortales, pero de todas formas a una edad natural. Y no obstante lo cierto era que yo conservaba un aspecto maravillosamente juvenil. Fui objeto de burlas por mi vanidad al consultar el espejo tan a menudo, pero lo consultaba en vano: mi frente se mantenía tersa, mis mejillas, mis ojos, toda mi persona conservaba la frescura y lozanía de mis veinte años.

Empecé a preocuparme. Contemplaba la marchita belleza de Bertha... Yo parecía su hijo. Poco a poco nuestros vecinos empezaron a hacer observaciones similares, y al final descubrí que me apodaban el *discípulo embrujado*. La misma Bertha empezó a sentirse incómoda y celosa, y a la larga empezó a cuestionarme. No teníamos hijos, lo éramos todo el uno para el otro, y, aunque a medida que envejecía su vivacidad de

otros tiempos rozaba el mal humor, y su belleza disminuía tristemente, yo la amaba en mi corazón como la mujer a la que había idolatrado, la esposa a la que había buscado y conquistado con el amor más perfecto.

Al final nuestra situación se hizo intolerable: Bertha tenía cincuenta años y yo veinte. En mi vergüenza, yo había adoptado hasta cierto punto los hábitos de una edad más avanzada; ya no me mezclaba, en la danza, con los alegres jóvenes, pero mi corazón volaba hacia ellos mientras trataba de poner freno a mis pies. Pero antes de esa época las cosas se alteraron: fuimos universalmente rechazados, pues corrió el rumor de que, por lo menos yo, había mantenido una inicua relación con alguno de los supuestos amigos de mi antiguo maestro... La pobre Bertha fue compadecida, pero abandonada a su soledad. A mí se me contemplaba con horror y repulsa.

¿Qué podíamos hacer? Nos lo preguntábamos sentados junto al fuego invernal... La pobreza se había hecho sentir, pues nadie quería ya comprar los productos de mi granja; a menudo me había visto forzado a desplazarme más de treinta millas, a algún lugar donde no se me conociese, para llevar a cabo mis transacciones. Cierto que habíamos ahorrado algo para los malos tiempos... Y los malos tiempos habían llegado.

Allí estábamos, sentados frente a aquel fuego solitario, el joven de corazón viejo y su avejentada esposa. Bertha insistió de nuevo en conocer la verdad, recapituló todo lo que había oído decir sobre mí, y añadió sus propias observaciones. Me conjuré para que me librara del maleficio, insistiendo en que los cabellos grises resultaban mucho más atractivos que mis rizos castaños, y alabando el respeto y la consideración que se le debía a la edad avanzada... ¡tan preferible a la poca consideración con que se trataba a los menores! ¿Acaso

imaginaba yo que los despreciables dones de la juventud, como mi aspecto atractivo, me servirían para librarme de la desgracia, el odio y el rechazo? No, al final sería llevado a la hoguera como practicante de magia negra, mientras ella, a quien yo no me había dignado comunicar la más mínima parte de mi buena suerte, podría ser lapidada como cómplice. A la larga insinuó que yo debía compartir mi secreto con ella, y procurarle los beneficios de que disfrutaba, o de lo contrario me denunciaría... Y entonces estalló en lágrimas.

Al sentirme acorralado me pareció que lo mejor que podía hacer era decirle la verdad. Se la revelé tan suave y tiernamente como me fue posible, hablando únicamente de una *vida muy larga*, no de la inmortalidad... Esta afirmación coincidía en realidad con mis propias convicciones. Cuando terminé me puse en pie y dije:

—¿Y ahora, mi querida Bertha, denunciarás al amante de tu juventud? Estoy seguro de que no lo harás. Pero es demasiado duro que tú, mi pobre esposa, tengas que seguir sufriendo por mi mala suerte y por las malas artes de Cornelius. Voy a dejarte. Tienes riquezas suficientes, y los amigos volverán a aparecer en cuanto se enteren de mi ausencia. Me iré de aquí. Con mi aspecto fuerte y juvenil puedo trabajar y ganarme el pan entre extraños, sin darme a conocer y sin despertar ninguna sospecha. Te amé en tu juventud... Dios es testigo de que no te hubiese dejado nunca, pero tu felicidad y tu propia seguridad lo requieren.

Cogí el sombrero y me dirigí a la puerta; en un momento los brazos de Bertha rodearon mi cuello y sus labios presionaron los míos.

—No, mi querido Winzy, mi marido, no te irás solo —dijo—. Llévame contigo. Dejaremos este lugar y, como tú dices, entre

extraños no despertaremos ninguna sospecha y nos sentiremos seguros. No soy tan vieja como para avergonzarte... Me atrevo a decir que el maleficio pronto terminará, y, con la bendición de Dios, irás envejeciendo y adquiriendo el aspecto conveniente. No quiero que me dejes.

Le devolví el abrazo de todo corazón.

—No te dejaré, Bertha, sólo por tu bien había pensado hacerlo. Seré un marido fiel mientras quieras permanecer a mi lado, y cumpliré mi compromiso contigo hasta el final.

Al día siguiente nos preparamos secretamente para la partida. Nos vimos obligados a hacer grandes sacrificios pecuniarios... Era inevitable. Reunimos una suma suficiente para mantenernos, por lo menos, mientras Bertha viviese, y, sin despedirnos de nadie, abandonamos nuestro país natal para buscar refugio en un remoto lugar del oeste de Francia.

Fue realmente cruel el trasladar a la pobre Bertha desde el pueblo y los amigos de su juventud a un nuevo país, a una nueva lengua, a unas nuevas costumbres. El extraño secreto de mi destino hacía que ese traslado no tuviese ninguna importancia para mí, pero sentía una profunda compasión por ella, y me alegré al comprobar que encontraba compensación para sus penas en un variado conjunto de pequeños detalles ridículos. Lejos de todos aquellos chismes y habladurías, trató de borrar la aparente disparidad de nuestras edades respectivas por medio de un millar de artes femeninas: un poco de colorete, vestidos alegres y desenfadados, modales deliberadamente juveniles... Yo no podía enfadarme. ¿Acaso yo mismo no llevaba una máscara? ¿Iba a enfadarme con ella simplemente porque la suya resultase menos efectiva? Me dolía profundamente el recordar que aquella era mi Bertha, a la que había amado con pasión y a la que había conquistado

con entusiasmo... la joven de ojos negros y rizos oscuros, de sonrisa tentadora y movimientos de cervatillo... convertida en una vieja celosa, cuya afectada y melindrosa sonrisa parecía una mueca. Hubiese respetado sus rizos entrecanos y sus mejillas marchitas... ¡Pero no aquello! Era mi obra, lo sabía, pero no por eso dejé de deplorar aquella muestra de la debilidad humana.

Sus celos no descansaban nunca. Su ocupación principal era la de descubrir que, a pesar de mi apariencia, yo también estaba haciéndome viejo. Era capaz de detectar arrugas en mi rostro y decrepitud en mi modo de andar mientras yo avanzaba a grandes zancadas con vigor juvenil, como el más joven entre los jóvenes. Nunca me atreví a dirigirme a otra mujer. En cierta ocasión, imaginando que la bella del lugar me miraba con buenos ojos, me obsequió con una peluca de pelo canoso. No se cansaba de comentar entre sus amistades que a pesar de mi juvenil apariencia los años me corroían por dentro, y afirmaba que el peor de los síntomas era mi aparente salud. Mi juventud era una enfermedad, afirmaba, y yo debía estar preparado para una muerte repentina y terrible, o, por lo menos, para despertarme una mañana con todos los cabellos blancos y encorvado bajo el peso de la vejez. La dejaba hablar y a veces participaba en sus conjeturas. Sus amenazadoras palabras se unían a mis incesantes especulaciones sobre mi situación, de modo que escuchaba con auténtico interés todo lo que su rápido ingenio y su exaltada imaginación eran capaces de profetizar, por doloroso que fuera.

¿Para qué detenernos en tan prolijos detalles? Vivimos juntos durante muchos y largos años. Bertha llegó a estar paralizada y confinada en su lecho; yo la cuidé como una madre cuidaría a su hijo. Se le agrió el carácter y una sola cosa la obsesionó

hasta el final: ¿cuánto tiempo podría yo sobrevivirla? El hecho de haber cumplido escrupulosamente mis deberes para con ella fue siempre una fuente de consuelo para mí. Había sido mía en su juventud, era mía en su vejez. Y cuando al fin cubrí de tierra su ataúd, lloré al darme cuenta de que había perdido todo lo que realmente me unía a la humanidad.

¡Cuántos han sido mis temores y preocupaciones desde entonces, cuán pocas y vacías mis alegrías! Voy a hacer aquí una pausa, no voy a continuar mi historia. Un marinero sin timón, ni brújula, arrojado a un mar tempestuoso... Un viajero extraviado en un inmenso erial, sin un signo o una piedra para guiarlo... Eso es lo que yo he sido, el más perdido y desesperanzado de los hombres. Un barco que se aproxima, un rayo de luz de una cabaña lejana, pueden representar la salvación para los demás. Pero yo no tengo otro faro que la esperanza de la muerte.

¡La Muerte! ¡Esa misteriosa, desagradable amiga de la débil humanidad! ¿Por qué, entre todos los mortales, me has arrojado a mí lejos de tu manto protector? ¡Oh, por la paz de los sepulcros, por el profundo silencio de los panteones! ¡Ojalá este pensamiento dejase de atormentar mi cerebro, y mi corazón dejase de latir y agitarse por emociones cuya única variante son nuevas formas de tristeza!

¿Soy yo inmortal? Vuelvo a mi primera pregunta. En primer lugar, ¿no es más probable que el brebaje del alquimista garantizase la longevidad más que la vida eterna? Esa es mi esperanza. Y además hay que recordar que solo bebí la *mitad* de la pócima. ¿Acaso no era necesario beberla en su totalidad para completar el maleficio? El haber consumido la mitad del Elixir de la Inmortalidad significa ser sólo medio-inmortal... Mi *Para siempre* carece, pues, de sentido.

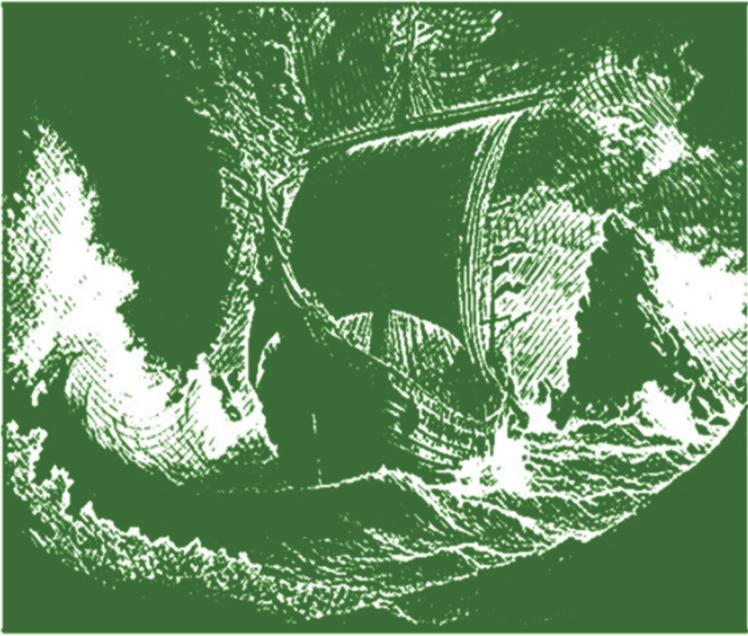
Pero por otro lado, ¿quién sería capaz de contar los años de la *mitad* de la eternidad? A mi modo trato de imaginar por qué extraña regla podría dividirse el infinito. A veces me imagino que la edad se apodera de mí... Me he detectado un cabello grisáceo. ¡Loco, por qué te lamentas! Sí, el miedo a la vejez y a la muerte con frecuencia se desliza fríamente en mi corazón, y, cuanto más vivo, más temo a la muerte, incluso abominando la vida. El hombre, nacido para perecer, se convierte en un enigma cuando lucha, como yo, contra las leyes de la naturaleza.

A no ser por estos anómalos sentimientos probablemente podría morir: la medicina del alquimista no resistiría el fuego, la espada o las aguas devoradoras. He contemplado las azules profundidades de más de un lago sereno, y la tumultuosa corriente de más de un río poderoso, diciéndome a mí mismo: la paz habita estas aguas... Pero he dado media vuelta, para vivir todavía un día más. Me he preguntado si el suicidio sería un crimen tratándose de alguien ante quien sólo así podrían abrirse las puertas del otro mundo. He hecho toda clase de cosas, excepto presentarme como soldado o duelista, rechazando así la destrucción de mis congéneres, los mortales... Pero no son mis congéneres. El inextinguible poder de la vida en mí, y su efímera existencia, nos sitúan en polos diametralmente opuestos. No podría levantar la mano ni contra el más despreciable ni contra el más poderoso de todos ellos.

De este modo he ido viviendo durante muchos años, solo y harto de mí mismo, deseando la muerte pero sin poder morir. Un mortal inmortal. Ni la ambición ni la avaricia pueden penetrar en mi mente, y el amor ardiente que atenaza mi corazón, y que nunca podrá encontrar un igual que le corresponda, existe sólo como una forma de tormento.

Este mismo día he concebido un proyecto por medio del cual podría acabar con todo ello, sin degollarme a mí mismo, sin convertir en Caín a otro hombre... Una expedición a la que un mortal nunca podría sobrevivir, ni siquiera con la juventud y la fuerza que me poseen. De este modo pondré a prueba mi inmortalidad, y descansaré para siempre... o bien regresaré para convertirme en el asombro y el benefactor del género humano.

Antes de partir, una inconfesable vanidad me ha impulsado a escribir estas páginas. No quiero morir sin dejar rastro. Tres siglos han pasado desde que consumí el brebaje fatal: no pasará otro año antes de que, enfrentándome a peligros gigantescos –luchando contra los poderes de la congelación en su propio terreno–, acosado por el hambre, el cansancio y la tempestad, tenga que entregar este cuerpo –prisión demasiado tenaz para un alma sedienta de libertad– a los elementos destructivos del aire y del agua. O bien, si sobrevivo, mi nombre será recordado como uno de los más famosos entre los hijos de los hombres; y, una vez haya ultimado mi tarea, tomaré medidas eficaces, esparciendo y aniquilando los átomos que componen mi apariencia carnal para poner en libertad la vida aprisionada en su interior, a la que tan cruelmente se le impide el elevarse desde esta tierra, oscura e indistinta, a una esfera más acorde con su esencia inmortal.



La TRANSFORMACIÓN

Mary Shelley | Traducción: Elías Sarhan

He oído decir que cuando alguna aventura extraña, sobrenatural y de carácter necromántico le ha sucedido a algún ser humano, dicho ser, no importa el deseo que tenga de ocultarlo, en ciertos periodos se siente destrozado como por un terremoto intelectual y se ve forzado a desnudar sus profundidades interiores a otra persona. Yo soy testigo de la verdad de esta afirmación. Me he jurado a mí mismo no revelar jamás a oídos humanos los horrores a los que una vez, por exceso de un orgullo malévolo, me entregué. El hombre santo que oyó mi confesión y me reconcilió con la Iglesia está muerto. Nadie sabe que en una ocasión...

¿Por qué no habría de ser así? ¿Por qué contar una historia de impía tentación de la Providencia, sometedora del alma a la humillación? ¿Por qué? ¡Contéstame, tú que eres sabio en los secretos de la naturaleza humana! Solo sé que es así; y a pesar de una fuerte decisión —de un orgullo que me domina en exceso—, de vergüenza e incluso de miedo de hacerme odioso a mi propia especie, debo hablar.

¡Génova! Mi lugar de nacimiento... ¡Ciudad orgullosa que da a las azules aguas del Mediterráneo! ¿Me recuerdas en mi infancia, cuando los riscos y promontorios, tu brillante cielo y alegres viñedos eran mi mundo? ¡Felices tiempos! Cuando para el corazón joven el universo de estrechos límites deja, por su propia limitación, un sendero libre a la imaginación, encadena nuestras energías físicas y es el único periodo en nuestras vidas en que la inocencia y el gozo están unidos. No obstante, ¿quién puede mirar atrás, a la infancia, y no recordar sus dolores e inquietantes temores? Yo nací con el espíritu más arrogante, altivo e indomable con que jamás se viera dotado un mortal. Sólo ante mi padre me arredraba, y él, generoso y noble, pero caprichoso y tiránico, al mismo tiempo fomentaba y refrenaba esa salvaje impetuosidad de mi carácter, haciendo necesaria la obediencia, pero sin inspirar respeto por los motivos que guiaban sus órdenes. Ser un hombre, libre e independiente, o, en mejores palabras, insolente y dominante, era la esperanza y anhelo de mi rebelde corazón.

Mi padre tenía un amigo, un genovés noble y rico, que en un tumulto político se vio repentinamente sentenciado al destierro y sus propiedades fueron confiscadas. El marqués de Torella fue solo al exilio. Al igual que mi padre, era viudo. Tenía una hija, la pequeña Juliet, que quedó bajo la custodia de mi padre. Ciertamente, yo habría sido un maestro poco amable para la adorable muchacha, pero por mi posición me vi obligado a convertirme en su protector. Diversidad de incidentes llevaron a un único punto: que Juliet viera en mí una roca de refugio, y yo en ella a una persona que debía perecer por la suave sensibilidad de su naturaleza rudamente sacudida, de no ser por mis cuidados de guardián. Crecimos juntos. La rosa que se abre en mayo no era más dulce que

esta querida joven. Su rostro irradiaba belleza. Su silueta, su andar, su voz... mi corazón llora incluso ahora al pensar en todo el candor, amabilidad, amor y pureza encerrados en esa morada celestial. Cuando yo tenía once años y Juliet ocho, un primo mío, mucho mayor que los dos –a nosotros nos parecía un hombre–, le prestó mucha atención a mi compañera de juegos. La llamó su prometida y le pidió que se casara con él. Ella se negó y él insistió, atrayéndola contra su voluntad hacia él. Con el semblante y las emociones de un maniaco, me lancé sobre él y me afané por desenfundar su espada... me aferré a su cuello con la feroz resolución de ahorcarle; tuvo que pedir ayuda para que me separaran. Aquella noche llevé a Juliet a la capilla de nuestra casa e hice que tocara las reliquias sagradas: intimidé su corazón infantil y profané sus labios de niña con el juramento de que sería mía, sólo mía.

Bueno, aquellos días pasaron. Torella regresó pocos años después, y se hizo más rico y próspero que nunca. Cuando tenía diecisiete años, murió mi padre; había sido magnífico en el despilfarro. Torella sintió júbilo porque mi minoría de edad le brindaría la oportunidad de incrementar mi riqueza. Juliet y yo habíamos sido prometidos junto al lecho de muerte de mi padre... Torella iba a ser un segundo padre para mí.

Tuve deseos de ver mundo y se me concedió. Fui a Florencia, a Roma, a Nápoles. Desde allí pasé a Toulon, y por fin llegué a lo que había sido el centro de mis deseos: París. Por entonces reinaba una actividad frenética en París. El pobre rey, Carlos VI, ora cuerdo, ora loco, ora un monarca, ora un esclavo abyecto, era la burla personificada de la humanidad. La reina, el delfín, el duque de Borgoña, alternativamente amigos y enemigos –ya fuera reuniéndose en banquetes derrochadores, ya fuera derramando sangre en

rivalidad— estaban ciegos al desgraciado estado de su país y a los peligros que pendían sobre él, y se entregaban por entero al gozo disoluto o a la lucha salvaje. Mi personalidad aún seguía conmigo. Era arrogante y obstinado; amaba el alarde y, por encima de todo, carecía de control alguno. ¿Quién iba a controlarme en París? Mis jóvenes amigos se mostraban ansiosos por alimentar pasiones que les proporcionaban placer. Se me consideraba atractivo, era maestro en todos los logros de un caballero. No estaba relacionado con ningún partido político. Llegué a ser el favorito de todos. Debido a mi juventud se me perdonaba toda presunción y altivez: y así me convertí en un joven consentido.

¿Quién podía controlarme? No las cartas y consejos de Torella... sólo la fuerte necesidad que me visitaba bajo la aborrecida forma de una bolsa vacía. Mas había medios para rellenar ese vacío. Vendía acre tras acre, propiedad tras propiedad. Mis ropas, mis joyas, mis caballos y sus jaeces casi no tenían rival en el suntuoso París, mientras las tierras de mi herencia pasaban a manos de otros.

El duque de Orleans fue emboscado y asesinado por el duque de Borgoña. El miedo y el terror se apoderaron de París. El delfín y la reina se aislaron; se suspendieron todos los placeres. Yo me cansé de ese estado de cosas... mi corazón ansiaba mis correrías infantiles. Casi era un mendigo; sin embargo, podía regresar, reclamar a mi prometida y reconstruir mis riquezas. Unas cuantas empresas felices como comerciante me harían rico de nuevo. No obstante, no retornaría con aspecto humilde. Mi última disposición fue desprenderme de mi propiedad próxima a Albaro por la mitad de su valor a cambio de dinero inmediato. Luego despaché toda clase de artesanías, tapices y muebles de esplendor real para preparar lo

último que me quedaba de la herencia: mi palacio de Génova. Pero aún me demoré un poco más, avergonzado por el papel de hijo pródigo que debía representar. Envié mis caballos. Le mandé a mi prometida una jaca española sin igual, cuyos jaeces centelleaban con joyas y telas de oro. En todas partes hice grabar las iniciales de Juliet y su Guido. Mi regalo obtuvo favor a ojos de ella y de su padre.

No obstante, retornar como un derrochador proclamado, con la marca del despilfarro impertinente, quizá para el escarnio y el encuentro sólo de reproches o burlas de mis compatriotas, no era una perspectiva alentadora. Como un escudo que me protegiera de censura, invité a unos pocos de mis camaradas más intrépidos a acompañarme: así fui armado contra el mundo, escondiendo un sentimiento ulcerado, mitad miedo y mitad penitencia, con una exhibición osada e insolente de vanidad satisfecha.

Llegué a Génova. Recorrí los senderos de mi palacio ancestral. Mi orgulloso paso no era el representante de mi corazón, pues en lo más hondo sentía que, aunque rodeado por todos los lujos, no era más que un mendigo. El primer movimiento que hiciera por reclamar a Juliet me declararía a todo el mundo como tal. Leí desprecio o pena en las miradas de todos. Supuse, tan propensa es la conciencia a imaginar lo que merece, que ricos y pobres, jóvenes y viejos, me contemplaban con burla. Torella no vino a verme. No era de extrañar que mi segundo padre esperara la deferencia de un hijo por mi parte y fuera yo el primero en visitarle. Pero, hostigado y agujoneado por cierto sentido de vergüenza por mis locuras y deméritos, me afané por culpar a otros. Celebrábamos orgías nocturnas en el Palazzo Carega. Esas noches en vela y salvajes eran seguidas por mañanas apáticas en las que me entregaba a toda

suerte de negligencias. A la hora del *Ave María* mostrábamos nuestras refinadas personas en las calles, mofándonos de los ciudadanos sobrios, echando insolentes miradas a las mujeres atemorizadas. Juliet no se encontraba entre ellas... no, no; si hubiera estado allí, la vergüenza me habría espantado, siempre que el amor no me hubiera obligado a postrarme a sus pies.

Me cansé de eso. De repente le hice una visita al marqués. Se hallaba en su villa, una de las tantas que se extienden por los alrededores de San Piero d'Arena. Era el mes de mayo — un mes de mayo en el jardín del mundo—: los capullos de los árboles frutales perdiéndose entre el follaje verde y denso; las parras dando sus frutos; el suelo recubierto con las flores del olivo; las luciérnagas en los setos de mirto... el cielo y la tierra lucían un manto de insuperable belleza. Torella me recibió con una calurosa bienvenida, aunque seria; e incluso esa sombra de desagrado que exhibía pronto se desvaneció. Algún parecido con mi padre, algún rasgo de ingenuidad infantil que aún acechaba en su interior a pesar de mi comportamiento, ablandaron el corazón del buen anciano. Envió a buscar a su hija y me presentó a ella como su prometido. Cuando entró, la estancia se iluminó con una luz sagrada. En ella anidaba el aspecto del querubín, esos ojos grandes y suaves, las mejillas con hoyuelos y la boca de infantil dulzura que expresan esa rara unión de felicidad y amor. Primero me poseyó la admiración; ¡es mía!, fue la segunda emoción orgullosa, y mis labios se alzaron con altivo triunfo. Yo no había sido el *enfant gâté* de las bellezas de Francia como para no haber aprendido el arte de complacer el corazón blando de una mujer. Si hacia los hombres era altanero, la deferencia con que trataba a las mujeres producía mayor contraste. Comencé mi cortejo a Juliet con mil galanterías, que, jurada a mí desde

la infancia, jamás había concedido dicha devoción a otros, y, aunque acostumbrada a las expresiones de admiración, no estaba iniciada en el lenguaje de los amantes.

Durante unos pocos días todo fue bien. Torella jamás hizo una alusión a mi extravagancia y me trató como a un hijo favorito. Pero llegó el día, cuando discutíamos los preliminares de mi unión con su hija, en que ese hermoso rostro de las cosas cambió completamente. Se había redactado un contrato en vida de mi padre. De hecho, yo lo había anulado al haber despilfarrado todas las riquezas que debíamos compartir Juliet y yo. Torella, en consecuencia, eligió considerar cancelado ese lazo y propuso otro, en el que, aunque la fortuna que entregaba se veía inconmensurablemente incrementada, tenía tantas restricciones en cuanto a la manera de gastarla que yo, que veía la independencia sólo en el libre curso de mi voluntad, le ridiculicé diciendo que se aprovechaba de mi situación y me negué en redondo a suscribir sus condiciones. El anciano intentó con suavidad hacerme entrar en razón. El orgullo enardecido se convirtió en el tirano de mi pensamiento: escuché con indignación y le rechacé con desdén.

—¡Juliet, tú eres mía! ¿Acaso no intercambiamos juramentos en nuestra inocente infancia? ¿No somos uno a los ojos de Dios? ¿Dejarás que el frío corazón y la gélida sangre de tu padre nos separen? Sé generosa, amor mío, sé justa; no retires un regalo, el último tesoro de tu Guido, no reniegues de tu juramento; desafíemos al mundo y, ajenos a los cálculos de la edad, encontremos en nuestro mutuo afecto un refugio para todos los males.

Qué abyecto debí haber sido para envenenar con semejantes sofismas el santuario del pensamiento sagrado y el tierno amor. Asustada, Juliet se apartó de mí. Su padre era el mejor y más

amable de los hombres, y se esforzó en mostrarme cómo nos veríamos llenos de bienes si le obedecía. Él recibiría mi tardía sumisión con cálido afecto, y mi arrepentimiento obtendría un generoso perdón. Infructuosas palabras empleadas por una joven y gentil hija con un hombre acostumbrado a hacer su voluntad e imponer su ley... ¡y que sentía en su propio corazón un déspota tan terrible y decidido que a nadie podía entregar obediencia salvo a sus deseos irrefrenables! Mi resentimiento creció con la resistencia, y mis impetuosos compañeros estaban dispuestos a añadirle combustible a las llamas. Trazamos un plan para secuestrar a Juliet. Al principio pareció estar coronado por el éxito. A mitad de la empresa, a nuestro regreso, fuimos sorprendidos por el agonizante padre y sus criados. Surgió el conflicto. Antes de que llegara la guardia de la ciudad para decidir la victoria a favor de nuestros antagonistas, dos de los sirvientes de Torella fueron heridos de gravedad.

Esta parte de la historia me pesa mucho. Hombre cambiado como soy, me aborrezco en el recuerdo. Que nadie que pueda oír esta historia se sienta alguna vez como me sentí yo. Un caballo enfurecido por un jinete con espuelas punzantes no era más esclavo que yo de la violenta tiranía de mi temperamento. Un espíritu maligno poseía mi alma, irritándola hasta la locura. Escuché la voz de la conciencia en mi interior, pero si me entregué a ella durante un fugaz intervalo, sólo sería un momento antes de verme arrancado como por un remolino... transportado en la corriente de la furia desesperada, juguete de tormentas engendradas por el orgullo. Fui encarcelado, y puesto en libertad a instancias de Torella. De nuevo regresé para llevarle a él y a su hija a Francia, desventurado país, asolado entonces por saqueadores y bandas de soldados sin ley, que ofrecía un agradecido refugio a un criminal como

yo. Nuestros planes fueron descubiertos. Se me sentenció al destierro; y, como mis deudas ya eran enormes, lo que quedaba de mis propiedades fue puesto en manos de comisarios como pago. De nuevo Torella ofreció su mediación, solicitando tan sólo mi promesa de no reanudar mis intentos fallidos contra él y su hija. Rechacé su oferta e imaginé que triunfaba cuando me expulsaron de Génova: un exiliado solitario y en la bancarrota. Mis compañeros habían desaparecido: fueron expulsados de la ciudad unas semanas antes y ya se hallaban en Francia. Estaba solo... sin amigos, sin una espada a mi lado, y ni un solo ducado en la bolsa.

Vagué por la playa, mientras un remolino de pasión poseía y desgarraba mi alma. Era como si un rescoldo al rojo me estuviera quemando el pecho. Al principio medité en lo que *debía hacer*. Me uniría a una banda de saqueadores. ¡Venganza! La palabra me pareció un bálsamo: la abracé, la acaricié, hasta que, como una serpiente, me picó. Entonces, una vez más, abjuraría de Génova y despreciaría ese pequeño rincón del mundo. Volvería a París, donde vivían tantos de mis amigos, donde mis servicios serían aceptados de buena gana, donde me ganaría una fortuna con la espada y podría, con el éxito obtenido, establecer un vil hogar y hacer que el falso Torella lamentara el día, como un nuevo Coriolano, en que me expulsó de sus muros.

¿Retornaría a París así, a pie, como un mendigo, y me presentaría en mi pobreza a aquellos a quienes antes había agasajado con lujo? El solo pensamiento me producía bilis.

La realidad de las cosas comenzó a establecerse en mi cabeza, sumergiéndome en la desesperanza. Durante varios meses había sido un prisionero: la malignidad de mis mazmorras había azotado mi alma hasta la locura y había

sometido mi cuerpo. Me encontraba débil y demacrado. Torella había usado mil artificios para proporcionarme comodidad, pero yo los había detectado y despreciado, recogiendo la cosecha de mi obstinación. ¿Qué debía hacer? ¿Arrodillarme ante mi enemigo y suplicar el perdón?

¡Antes preferiría padecer mil muertes! ¡Jamás obtendrían su victoria! ¡Odio...! ¡Juré un odio eterno! ¿Odio de quién...? De un proscrito errante a... un noble poderoso. Para ellos, mis sentimientos y yo no éramos nada: ya habían olvidado a alguien tan insignificante. ¡Y Juliet! Su rostro de ángel y su figura de sílfide resplandecieron entre las nubes de mi desesperación con vana belleza, pues la había perdido... ¡La gloria y flor del mundo! ¡Otro diría que era suya! ¡Esa sonrisa del paraíso bendeciría a otro!

Incluso ahora mi corazón sufre un vuelco cuando me detengo en estos pensamientos lóbregos. Ora sometido a las lágrimas, ora delirando en mi agonía, seguí vagando por la rocosa playa, que se hacía más violenta y desolada a cada paso. Salientes de piedra y terribles precipicios daban a un océano quieto; cavernas negras enseñaban sus bocas como en un bostezo, y eternas entre los nichos desgastados por el mar las aguas murmuraban y rompían. A veces mi camino se veía frenado por un promontorio abrupto, a veces se hacía casi infranqueable por restos caídos del risco. Era casi de noche cuando, desde el mar y como siguiendo la estela de la mano de un hechicero, se levantó una turbia red nubosa, ocultando el azul intenso del cielo, oscureciendo y perturbando las profundidades hasta ahora plácidas. Las nubes tenían unas formas extrañas y fantásticas, y cambiaban y se mezclaban, y parecían ser manejadas por un poderoso encantamiento. Las olas alzaron sus blancas crestas; el trueno susurró, y

luego rugió desde el extremo de las aguas, que adquirieron una fuerte coloración púrpura, moteadas de espuma. El lugar donde yo me erguía daba por un lado al extenso océano, y por el otro se hallaba interrumpido por un escarpado promontorio. De repente, rodeando el cabo e impulsado por el viento, surgió un navío. En vano trataron los marineros de abrirse paso hacia el mar abierto... el fuerte viento lo empujaba hacia las rocas. ¡Perecería! ¡Todos los que iban a bordo morirían!

¡Ojalá yo estuviera entre ellos! Y por primera vez mi joven corazón recibió la idea de la muerte con júbilo. Era una visión terrible contemplar a ese barco luchando con su destino. Apenas podía discernir a los marineros, pero los oía. ¡En poco tiempo terminó todo! Una roca que acababa de ser cubierta por las olas, invisible en ese momento, aguardaba a su presa. Un trueno explotó sobre mi cabeza en el instante en que el esquife se lanzó sobre su enemigo invisible con un espantoso impacto. En un breve espacio de tiempo se hizo pedazos. Allí me encontraba yo, en total seguridad; y allí estaban ellos, luchando sin esperanza alguna contra la aniquilación. Con demasiada claridad oí sus gritos, que con aguda agonía conquistaban el fragor que les rodeaba. Las oscuras olas agitaban de un lado a otro los restos del naufragio, que pronto desaparecieron. Con fascinación observé hasta el final; por último, caí de rodillas y me cubrí la cara con las manos. Al rato alcé la vista y vi que algo flotaba en el remolino, acercándose más y más a la playa. ¿Se trataba de una figura humana? Se hizo más nítida; y una última y poderosa ola alzó toda la embarcación y la dejó encallada en una roca. ¡Un ser humano a horcajadas en un cofre! ¡Un ser humano! Pero ¿lo era de verdad? Seguro que nada igual había existido antes: un enano con ojos entrecerrados, facciones distorsionadas y cuerpo

deforme... hasta que se convirtió en un horror a la vista. Mi sangre, que había sentido compasión hacia un congénere así arrebatado de su tumba acuosa, se heló en torno a mi corazón. El enano se bajó del cofre y se apartó el pelo lacio y enredado de su odioso semblante.

—¡Por San Belcebú! —exclamó—. ¡He sido derrotado! —miró a su alrededor y me vio—. ¡Oh, por el espíritu maligno! He aquí otro aliado del poderoso. ¿A qué santo le ofreciste plegarias, amigo... sino al mío? Sin embargo, no te recuerdo a bordo.

Me encogí ante el monstruo y su blasfemia. De nuevo volvió a interrogarme, y emití una réplica inaudible. Él continuó:

—Tu voz está ahogada por este rugido disonante. ¡Qué ruido crea este inmenso océano! Los colegiales que salen de su prisión no son más estruendosos que estas olas libres para jugar. Me molestan. No soportaré más su bravuconería. ¡Silencio, anciano! ¡Vientos, cesad! ¡A vuestros hogares! ¡Nubes, volad a las antípodas y despejad nuestro cielo!

Mientras hablaba, extendió los dos brazos largos y flacos, parecidos a las patas de una araña, y dio la impresión de abrazar con ellos la extensión de agua que había ante él. ¿Era un milagro? Las nubes se quebraron y huyeron, el cielo azul se asomó, y luego fue como un campo apacible sobre nosotros; el viento tormentoso fue cambiado por una suave brisa que sopló desde el oeste; el mar se calmó; las olas se convirtieron en ondas.

—Me gusta la obediencia incluso en estos estúpidos elementos —dijo el enano—.

¡Cuánto más en la mente indómita de un hombre! Has de reconocer que fue una buena tormenta... y toda de mi creación.

Era tentar a la Providencia intercambiar palabras con este mago. Pero el *Poder*, en todas sus formas, resulta venerable

para un hombre. El miedo, la curiosidad y una persistente fascinación me acercaron a él.

—Vamos, no tengas miedo, amigo —indicó el deforme—. Cuando me complacen tengo buen humor, y algo me place en tu cuerpo bien proporcionado y en tu atractiva cara, aunque pareces estar un poco abatido. Tú has sufrido un desastre de tierra... y yo uno de mar. Quizá pueda aliviar tu desgracia, tal como hice con la mía. ¿Somos amigos? —y alargó la mano, aunque no pude tocarla—. Bueno, entonces, compañero... eso bastará. Y ahora, mientras descanso después del ajetreo que acabo de aguantar, cuéntame por qué, joven y galante como pareces, vagas así solo y melancólico por esta playa salvaje.

La voz del enano era chirriante y espantosa, y las contorsiones que realizaba mientras hablaba pavorosas de ver. No obstante, obtuvo cierta influencia sobre mí, una influencia que no pude dominar, y le narré mi historia. Cuando terminé, se rio larga y sonoramente. Las rocas devolvieron el eco del sonido: a mi alrededor parecía aullar el infierno.

—¡Oh, primo de Lucifer! —dijo—. De modo que tú también has caído por tu orgullo y, aunque brillante como el sol de la mañana, estás dispuesto a abandonar tu buen aspecto, tu prometida y tu bienestar antes que someterte a la tiranía del bien.

¡Por mi alma que honro tu elección! Así que has huido y entregado el día, y pretendes morirte de hambre en estas rocas y dejar que las aves te arranquen los ojos, mientras tu enemigo y tu prometida se regocijan en tu ruina. Pienso que tu orgullo es extrañamente afin a la humildad.

Mientras hablaba, mil pensamientos agujijonearon mi corazón.

—¿Qué querías que hiciera? —grité.

—¡Yo! Oh, nada, sino que te arrodilles y digas tus oraciones antes de morir. Pero, si yo estuviera en tu lugar, sé lo que habría que hacer.

Me acerqué a él. Sus poderes sobrenaturales le convertían, a mis ojos, en un oráculo, pero un escalofrío extraño y fantástico recorrió mi cuerpo cuando dije:

—¡Habla! Enséñame... ¿qué aconsejas?

—¡Véngate, hombre! ¡Humilla a tus enemigos! ¡Pisa con tu pie el cuello del viejo y posee a su hija!

—¡Me vuelvo al este y al oeste, y no veo ningún medio de conseguirlo! —exclamé—. Si tuviera oro podría lograr mucho; pero, pobre y solo como estoy, me siento inerte.

El enano había permanecido sentado sobre su cofre mientras escuchaba mi historia. En ese momento se levantó, tocó un muelle y el baúl se abrió. Qué fuente de riquezas, de centelleantes joyas, resplandeciente oro y pálida plata había dentro. Me poseyó un frenético deseo de tener ese tesoro.

—Sin duda —comenté—, alguien tan poderoso como tú podría realizar cualquier cosa.

—No —repuso con humildad el monstruo—. Soy menos omnipotente de lo que parezco. Poseo algunas cosas que tú puedes codiciar, pero las entregaría todas por una pequeña parte, incluso un préstamo, de lo que es tuyo.

—Mis posesiones están a tu servicio —dije con amargura—: mi pobreza, mi exilio, mi desgracia... todas te las doy libremente.

—¡Bien! Te lo agradezco. Añade otra cosa a tu regalo, y mi tesoro es tuyo.

—Como nada es mi única herencia, ¿qué cosa, aparte de la nada, querrías poseer?

—Tu hermosa cara y tus miembros bien hechos.

Temblé. ¿Me asesinaría este monstruo todopoderoso? Carecía de daga. Me olvidé de rezar... y me puse pálido.

—Pido un préstamo, no un regalo —dijo esa cosa abyecta—; préstame tu cuerpo por tres días... tú tendrás el mío para encerrar tu alma mientras tanto, y, como pago, mi cofre. ¿Qué contestas al trato? Tres cortos días.

Se nos dice que es peligroso mantener tal conversación impía... y bien lo demuestro yo. Escrito con palabras blandas, puede parecer increíble que le prestara alguna atención a esa proposición, pero, a pesar de su fealdad antinatural, había algo fascinante en un ser cuya voz era capaz de gobernar la tierra, el aire y el mar. Sentí un agudo deseo de aceptar, pues con ese cofre podría dominar el mundo. Mi única vacilación provenía del temor de que no cumpliera su parte del trato. Entonces pensé que pronto moriría en estas arenas solitarias y que los miembros que él codiciaba ya nunca más serían míos: valía la pena el riesgo. Además, yo sabía que por todas las reglas del arte de la magia había fórmulas y juramentos que ninguno de sus practicantes se atrevería a romper. Titubeé en mi respuesta; y él continuó, ora exhibiendo sus riquezas, ora mencionando el precio insignificante que exigía, hasta que pareció una locura negarse a ello. Es así como sucede: colocamos la barca en la corriente del río y hacia la catarata se precipita; entregamos nuestro vehículo al salvaje torrente de la pasión y estamos perdidos sin saber dónde vamos.

Pronunció muchos juramentos, y yo le conjuré con muchos nombres sagrados, hasta que vi a esa maravilla de poder, a ese gobernador de elementos, temblar como una hoja de otoño ante mis palabras. Y como si el espíritu hablara a regañadientes y a la fuerza en su interior, al fin él, con voz rota, reveló el hechizo con el que se le podía obligar, si llegaba

a traicionarme, a entregarse. Nuestra sangre caliente debía mezclarse para realizar y establecer el encantamiento.

Basta de este impío tema. Me convenció... y el pacto fue sellado. La mañana cayó sobre mí mientras yacía allí tendido en las ripias, y ni siquiera reconocí mi sombra. Me sentí transformado a una forma de horror y maldije mi fácil fe y mi ciega credulidad. El cofre estaba ahí: el oro y las piedras preciosas por los que había vendido el cuerpo de carne que la naturaleza me había dado. Su visión calmó un poco mis emociones: tres días pasarían pronto.

Y pasaron. El enano me había proporcionado abundante comida. Al principio, apenas podía caminar, tan extraños y mal articulados eran mis miembros; y mi voz... era la de un demonio. Pero guardé silencio, y giré mi cara al sol con el fin de no ver mi sombra, y conté las horas y medité en mi conducta futura. Poner a Torella a mis pies y poseer a Juliet a pesar del viejo eran cosas que toda esta riqueza fácilmente podría conseguir. Durante las oscuras noches dormí y soñé con el logro de mis deseos. Dos soles se habían puesto... y el tercero salía. Me encontraba agitado, temeroso. ¡Oh, expectación, qué cosa espantosa eres cuando te aviva más el miedo que la esperanza! Cómo clavabas agujones desconocidos por todo nuestro débil mecanismo, ora quebrándonos como un cristal roto, hasta convertirnos en nada... ora proporcionándonos nuevas fuerzas que nada pueden *hacer*, atormentándonos con una sensación como la que debe experimentar el hombre fuerte que no puede romper sus cadenas aunque éstas se doblen en sus manos. Despacio subió el disco brillante por el cielo oriental; largo tiempo permaneció en el cenit, y aún más despacio descendió por el oeste: tocó el borde del horizonte... ¡y se perdió! Su gloria se hallaba en la cima del risco, y se

tornó grisácea. La estrella vespertina brilló deslumbrante. Él llegaría pronto.

¡No vino! ¡Por los cielos vivos, no vino! Y la noche se arrastró cansinamente y, en su senilidad, el día comenzó a emblanquecer su oscuro cabello, y el sol volvió a alzarse de nuevo sobre el deforme más desgraciado que jamás viera su luz. Así pasé tres días. ¡Oh, cómo aborrecía las joyas y el oro!

Bueno, bueno... no ensombreceré estas páginas con delirios demoníacos. Demasiado terribles fueron los pensamientos y el tumulto furioso que llenaban mi alma. Al final, dormí; no lo había hecho antes del tercer crepúsculo. Y soñé que me encontraba a los pies de Juliet y que ella sonreía, pues aún su hermoso amado se arrodillaba ante ella. Pero no era yo... era él, el demonio mostrándose con mi cuerpo, hablando con mi voz, ganándola con muestras de amor. Me afané por advertirla, pero mi lengua se negó a hablar; me esforcé por arrancarlo de ella, pero me hallaba enraizado en el suelo... desperté con la agonía. Ahí estaban los precipicios solitarios, el mar tumultuoso, la playa tranquila y, encima de todo, el cielo ¿Qué significado tenía? ¿Era mi sueño un espejo de la verdad? ¿Estaba él cortejando y ganándose a mi prometida? Al instante regresaría a Génova... pero me encontraba desterrado. Me reí: el aullido del enano salió de mis labios. ¡Yo desterrado! ¡Oh, no! No habían exiliado los espantosos miembros que llevaba; con ellos podría entrar en mi ciudad natal sin temor a incurrir en el temido castigo de la muerte.

Comencé a caminar en dirección a Génova. Ya me había acostumbrado algo a mis extremidades deformadas. Nadie jamás había estado tan mal adaptado al movimiento recto, y con infinita dificultad conseguí avanzar. También deseaba evitar todos los villorrios que había diseminados por la costa,

pues me sentía reacio a exhibir mi horrible fealdad. No estaba muy seguro de que si era visto los niños no me apedrearían hasta matarme por ser un monstruo, y recibí algunos saludos desagradables de los pocos campesinos o pescadores con los que me encontré por casualidad.

Era noche cerrada cuando me aproximé a Génova. El clima era tan tonificante y dulce que se me ocurrió que el marqués y su hija habrían dejado la ciudad, marchándose a su retiro de campo. Había sido en la Villa Torella donde había intentado secuestrar a Juliet, y había pasado muchas horas reconociendo el lugar, de modo que conocía cada centímetro de tierra de los alrededores. Se hallaba situada en un paraje hermoso, rodeada de árboles a la orilla de un río. Mientras me acercaba, se hizo evidente que mi conjetura era correcta; no, más aún, que las horas allí se estaban dedicando al júbilo y a la celebración. La casa se veía iluminada y la brisa transportaba melodías de música suave y alegre. Se me hundió el corazón. Tal era la generosa amabilidad del corazón de Torella que tuve la certeza de que no se habría entregado a públicas manifestaciones de gozo justo después de mi lamentable destierro, salvo por una causa que no me atreví a pensar.

La gente rezumaba alegría. Se hizo necesario que me ocultara para observar. Sin embargo, sentí deseos de interrogar a alguien, o de oír las palabras de otros para obtener cualquier información de lo que ocurría. Por último, entrando en los paseos que se hallaban en proximidad inmediata a la mansión, encontré uno lo suficientemente oscuro para ocultar mi excesiva fealdad, por donde paseaban otras personas mientras yo me ocultaba a su sombra. Pronto descubrí todo lo que quería saber, lo cual hizo que primero mi corazón muriera de horror, y luego hirviera de indignación.

Juliet sería entregada mañana al penitente, reformado y amado Guido...

¡Mañana mi prometida pronunciaría sus juramentos a un demonio del infierno! ¡Y yo había permitido que sucediera! Mi maldito orgullo, mi demoníaca violencia y perversa idolatría personal habían provocado esta situación. Pues si hubiera obrado como lo había hecho el deforme que me había robado el cuerpo... si, con porte humilde y al mismo tiempo digno, me hubiera presentado ante Torella, diciendo que había actuado mal y que me perdonara... Soy indigno de tu ángel, pero permíteme que la reclame cuando mi conducta cambiada manifieste que renuncio a mis vicios y me esfuerzo por llegar a ser, de algún modo, digno de ella. Iré a servir contra los infieles, y cuando mi celo por la religión y mi verdadera penitencia por el pasado te parezcan que cancelan mis delitos, permite que de nuevo me llame hijo tuyo. Así habría hablado, y el penitente habría sido recibido tan bien como el hijo pródigo de las escrituras: para él se habría matado al ternero cebado, y siguiendo todavía el mismo sendero, exhibiría un pesar tan abierto por sus locuras, una concesión tan humilde de todos sus derechos y una resolución tan ardiente por conseguirlos de nuevo mediante una vida de contrición y virtud, que rápidamente habría conquistado al amable anciano, a lo que en rápida sucesión seguirían un perdón completo y la entrega de su adorable hija.

¡Oh! ¡Ojalá un ángel del Paraíso me hubiera inspirado para que actuara así! Pero ahora, ¿cuál será el destino de la inocente Juliet? ¿Permitirá Dios la horrible unión o, si algún prodigio la destruye, enlazará el deshonorado nombre de Carega con el peor de los crímenes? Iban a ser desposados mañana al amanecer, y sólo había una manera de impedirlo: encontrarme

con mi enemigo y obligarle a la ratificación de nuestro acuerdo. Pensaba que sólo se podía conseguir con una lucha mortal. No tenía espada —siempre que mis distorsionados brazos pudieran empuñar el arma de un soldado—, pero sí una daga, y en ella radicaba toda mi esperanza. No había tiempo para meditar la cuestión: podía morir en el intento, pero aparte de los ardientes celos y la desesperación de mi propio corazón, el honor, la simple humanidad, reclamaban que yo cayera antes que no poder destruir las maquinaciones del demonio.

Los invitados se marcharon y las luces comenzaron a extinguirse: era evidente que los habitantes de la villa buscaban el reposo. Me oculté entre los árboles: el jardín quedó desierto, las puertas se cerraron... salí de mi escondite y llegué hasta una ventana. ¡Ah, bien la conocía! Una suave luz crepuscular brillaba en el cuarto, y las cortinas estaban medio corridas. Era el templo de la inocencia y la belleza. Su magnificencia se hallaba templada por el ligero desorden provocado por estar habitado, y todos los objetos dispersos en la estancia exhibían el gusto de la mujer que lo santificaba con su presencia. La vi entrar con paso veloz y ligero; la vi acercarse a la ventana y descorrer aún más la cortina y mirar a la noche. La fresca brisa jugó con sus rizos y los apartó del mármol transparente de su frente. Juntó las manos y alzó los ojos al cielo. Oí su voz. ¡Guido!, susurró con suavidad, ¡mi Guido! Y entonces, como si se viera dominada por la plenitud de su corazón, cayó de rodillas: sus ojos levantados... su actitud negligente pero grácil... la radiante gratitud que iluminaba su cara... ¡oh, éstas no son más que palabras blandas! Corazón mío, siempre has imaginado, aunque no puedes retratarla, la belleza celestial de aquella hija de la luz y el amor.

Oí un paso, un paso rápido y firme a lo largo de la avenida en sombras. Pronto vi a un caballero ricamente ataviado, joven y, creo, hermoso a la vista, avanzando. Me escondí aún más. El joven se aproximó y se detuvo bajo la ventana. Ella se incorporó y, mirando de nuevo al exterior, le vio, y dijo... no puedo, no, pasado tanto tiempo no puedo registrar sus palabras de suave ternura; fueron dirigidas a mí, pero las contestó él.

—No me marcharé —gritó él—. Aquí donde tú has estado, donde tu recuerdo se desliza como un fantasma enviado del Cielo, pasaré las largas horas hasta que nos unamos para que jamás, mi Juliet, en día o noche, nos separemos. Pero tú, amor, retírate; la fría mañana y la fresca brisa harán empalidecer tus mejillas, y llenarán con languidez tus ojos iluminados por el amor. ¡Ah, querida!, si tan sólo pudiera depositar un beso en ellos, creo que yo también descansaría.

Entonces, se acercó todavía más y pensé que iba a trepar a su cámara. Yo había titubeado para no asustarla, pero en ese momento dejé de ser dueño de mí mismo. Corrí y me arrojé sobre él, apartándolo.

—¡Oh, criatura asquerosa y deforme! —grité.

No necesito repetir los epítetos, todos ellos dirigidos, como daba la impresión, hacia una persona por la que en la actualidad siento cierta parcialidad. Un grito salió de labios de Juliet. No vi ni oí nada... sólo *sentí* a mi enemigo, cuya garganta tenía en mi mano, y en la otra la empuñadura de la daga; él se debatió, pero no pudo escapar. Al final, roncamente, jadeó estas palabras:

—¡Hazlo! ¡Clávala! ¡Destruye este cuerpo... tú seguirás viviendo: y que tu vida sea larga y feliz!

Estas palabras frenaron la daga que bajaba, y él, sintiendo que mi apretón se relajaba, se liberó y desenfundó la espada,

mientras el alboroto en la casa y el volar de antorchas de un cuarto a otro, mostraban que pronto nos iban a separar. ¡Oh, era mejor que yo muriera para que él no sobreviviera! En el remolino de mi frenesí había mucha premeditación: quizá yo debía caer para que él no siguiera vivo, y no me importaba el golpe mortal que yo pudiera asestar contra mí mismo. Él seguía creyendo que yo me había detenido por miedo a la muerte, y mientras advertía la decisión del villano de ganar ventaja de mi vacilación, me arrojé a su espada en el preciso instante en que lanzó su súbita estocada, y al mismo tiempo le clavé la daga en el costado, con una puntería basada en la desesperación. Caímos juntos, rodando uno encima del otro, y la marea de sangre que fluyó de la herida abierta de cada uno se mezcló en la hierba. Nada más sé... perdí el sentido.

De nuevo volví a la vida: débil casi hasta la muerte, me encontré tendido en una cama... Juliet se hallaba arrodillada junto a ella. ¡Extraño! Mi primera petición con voz quebrada fue un espejo. Estaba tan débil y pálido que mi pobre niña titubeó, como luego me dijo; pero, ¡cielos!, me consideré un joven atractivo cuando vi la querida imagen de mis bien conocidas facciones. Confieso que es una debilidad, y la acepto, que siento considerable afecto por el semblante y las extremidades que contemplo siempre que me miro en un espejo; y tengo más en mi casa y los consulto con más frecuencia que cualquier belleza de Venecia. Antes de que me condenéis, permitidme decir que nadie mejor que yo conoce el valor de su propio cuerpo; a nadie, probablemente, excepto a mí mismo, se lo han robado.

Con incoherencia al principio hablé del enano y de sus crímenes, y le reproché a Juliet la admisión demasiado fácil de su amor. Creyó que deliraba, pero transcurrió algún tiempo

antes de que pudiera convencerme de que el Guido cuya penitencia la había ganado de nuevo para mí era yo mismo; y mientras maldecía con amargura al enano monstruoso y bendecía el golpe bien dirigido que le había quitado la vida, me contuve súbitamente al oírla decir: «¡Amén!», sabiendo que aquel al que ella denigraba era mi propia persona. Un poco de reflexión me enseñó a guardar silencio, un poco de práctica me permitió hablar de aquella espantosa noche sin mucho tartamudeo. La herida que me había infligido era seria: pasó tiempo hasta que me recuperé, y mientras el benevolente y generoso Torella se sentaba a mi lado, hablando con la sabiduría que puede hacer que unos amigos se reconcilien, y mi hermosa Juliet revoloteaba cerca de mí, cuidándome y alegrándome con sus sonrisas, prosiguió el trabajo de mi cura corporal y reforma mental. Ciertamente, jamás recobré del todo mis fuerzas: desde entonces mis mejillas están más pálidas, mi persona un poco encorvada. A veces Juliet se aventura a comentar con amargura la maldad que provocó dicho cambio, pero yo la beso al instante y le digo que ha sido para bien. Soy un marido más cariñoso y leal, lo cual es verdad, y de no ser por aquella herida jamás habría podido hacerla mía.

No volví a visitar la playa ni a buscar el tesoro del demonio. Sin embargo, mientras medito en el pasado, a menudo pienso, y mi confesor no se mostró reticente en apoyar la idea, que bien podría haber sido un espíritu benévolo, en vez de uno maligno, enviado por mi ángel de la guarda con el fin de mostrarme la insensatez y la desgracia del orgullo. Al menos, aprendí tan bien esta lección que con tanta dureza se me enseñó que ahora mis amigos y conciudadanos me conocen por el nombre de *Guido il Cortese*.



MARY SHELLEY

Mary Wollstonecraft Shelley nació en Londres en 1797. Nuestra autora vivió en un lugar y tiempo de transformaciones fundamentales para el mundo moderno, esa Inglaterra victoriana que atestiguaba los cambios políticos, sociales, económicos y tecnológicos de la Revolución Industrial. Sus padres fueron los filósofos y activistas Mary Wollstonecraft y William Godwin, la madre es la autora de *La Vindicación de los Derechos de la Mujer*, libro esencial para el feminismo; y el padre, un escritor comprometido con la justicia social y convencido de las ideas anarquistas. En su hogar, desde pequeña, Mary estuvo vinculada a la filosofía y las letras.

En una de las tertulias filosóficas que organizaba su padre, Mary conoce a Percy Bysshe Shelley, con quien empieza una relación amorosa que la condena al rechazo de la sociedad, pues Percy estaba casado. La pareja se ve obligada a viajar fuera del país y se dedican a recorrer Europa. Solo pudieron contraer matrimonio cuando Percy enviudó, debido al suicidio de su primera esposa.

Durante el verano de 1816, la pareja atendió a una invitación del poeta Lord Byron. Allí se reunieron varios amigos y el juego de la noche consistía en que cada participante escribiera un cuento de terror. No tuvieron mucha trascendencia las historias de los demás asistentes, pero el cuento de Mary Shelley se convertiría en su novela más famosa, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, que más allá de contar la obsesión del hombre por fabricar autómatas o vencer a la muerte, constituye una reflexión sobre la vida, el amor, la dignidad y la deshumanización que amenaza en los tiempos de la industrialización.

En su propia vida Mary enfrentó muchas veces la pérdida: la muerte de su madre justo después de que ella naciera, el exilio a raíz del amor proscrito, continuos abortos espontáneos y una temprana viudez. Con el único hijo que sobrevivió, se instaló nuevamente en Londres hasta el final de su vida, donde sucumbió a la enfermedad en 1851, con solo 53 años.

SI TE GUSTÓ ESTE LIBRO,
TE PODRÍA GUSTAR:

Frankenstein o El moderno Prometeo

Mary Shelley

Fausto

Johann Wolfgang von Goethe

El hombre de arena

Relato de Ernest Theodor Amadeus Hoffmann

El Ruiseñor y la rosa y otros cuentos

Oscar Wilde

Y PUEDES VER:

Poor Things

Yorgos Lanthimos

Abre los ojos

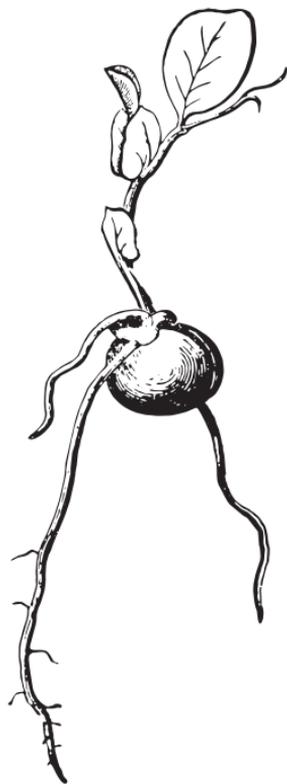
Alejandro Amenábar

La piel que habito

Pedro Almodóvar

La muerte le sienta bien

Robert Zemeckis



Estos relatos germinaron en el siglo XIX y volvieron a germinar en el año 2024 en la ciudad de Cartagena de Indias.

En esta composición se usó la fuente Rotis Normal.

LA CARTA, LA PÓCIMA Y EL TESORO: TRES RELATOS DE MARY SHELLEY

¿Por qué Mary Shelley en la Colección Semilla?

Cada palabra escrita por la autora sería razón suficiente para explicar el porqué, sin embargo, se mencionan aquí otras razones puntuales. La primera de ellas es su **propuesta literaria innovadora**: Shelley contribuyó significativamente como pionera de varios géneros literarios (ciencia ficción, terror, horror). La segunda razón se encuentra en su incansable **exploración de temas universales**: sus obras exploran la naturaleza del ser humano, la responsabilidad moral, la ambición desmedida, la soledad, el conocimiento y la búsqueda de la identidad. La tercera razón está en la oportunidad, como lectores, de conocer e interpretar el **contexto histórico y cultural** donde vivió la autora: ofrece una visión fascinante del siglo XIX, incluyendo, obviamente, las preocupaciones científicas, sociales y filosóficas. Además de esto, su vida misma, marcada por tragedias y desafíos, se convierte en una capa de interés adicional. La cuarta razón está en el **impacto cultural duradero que genera su obra**: la historia y los personajes creados por Shelley han tenido gran repercusión en el cine, la televisión, el teatro, la misma literatura y otras formas de arte.

Rafael Cantillo Castillo

¿Cómo crear una comunidad de lectores?

¿Qué tal leer todos un mismo libro y hacer que esa lectura se convierta en un pretexto para conocernos y acercarnos más unos a otros? Ese es el espíritu de la **Colección Semilla**, que pretende ser origen de muchas cosas: del hábito de leer por gusto; de una biblioteca personal de libros fascinantes; de apasionadas conversaciones sobre las ideas, los autores y las épocas de los relatos; de una relación amorosa con los libros y los lectores.



Universidad
Tecnológica
de Bolívar
EDITORIAL UTB

